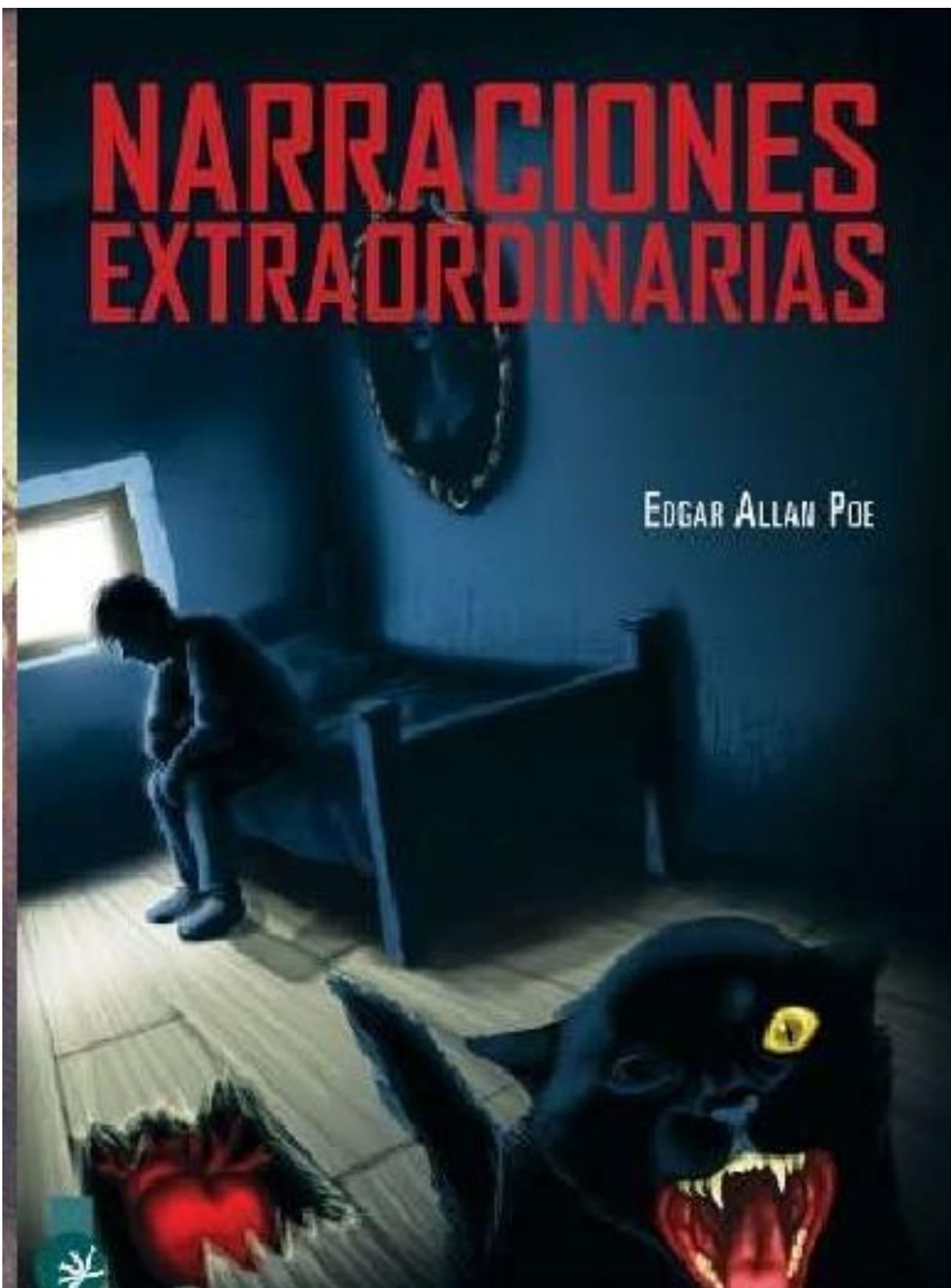


NARRACIONES EXTRAORDINARIAS

EDGAR ALLAN POE



El gato negro.....	3
Los anteojos.....	10
El asesinato en la morgue.....	26
El corazón delator.....	47
Manuscrito encontrado en una botella.....	52
Eleonora.....	63

I. El gato negro

No espero ni me interesa que se dé crédito a la extraordinaria historia que voy a narrar. Sin embargo, pienso que mañana puedo morir, y quisiera aliviar hoy mi acongojado espíritu. Por eso deseo mostrar al mundo lo que en apariencia no son más que una serie de acontecimientos domésticos, y que, no obstante, por sus consecuencias me han aterrorizado y torturado. A pesar de todo, no trataré de esclarecerlos. Confieso que no me han producido otro sentimiento que el de horror, pero quizás a muchas personas les parecerán menos terribles. Tal vez más tarde haya una inteligencia que reduzca mi fantasía al estado de lugar común. Y posiblemente esa inteligencia, más serena, más lógica, y menos excitable que la mía, encontrará en las circunstancias que relato, con terror, una serie normal de causas y de efectos naturales.

La docilidad y humildad de mi carácter sorprendieron desde mi infancia. Tan notable era la ternura de mi corazón, que había hecho de mí el juguete de mis amigos. Sentía una auténtica pasión por los animales, y mis padres me permitieron poseer una gran variedad de ellos.

Casi todo el tiempo lo pasaba con mis animalitos, y nunca me consideraba tan feliz como cuando les daba de comer o los acariciaba. Con los años aumentó esta particularidad de mi carácter, y cuando fui hombre hice de ella una de mis principales fuentes de alegría. Aquellos que han profesado afecto a un perro fiel, no necesitarán explicaciones de la naturaleza o intensidad del bienestar que eso puede producir. En el amor desinteresado de un animal, en el sacrificio de sí mismo, hay algo que llega directamente al corazón del que frecuentemente ha comprobado la amistad mezquina, y la frágil fidelidad del hombre.

Me casé joven, y tuve la suerte de hallar en mi esposa una disposición semejante a la mía. Habiéndose dado cuenta de mi afecto por esas criaturas, no perdió ocasión para regalarme ejemplares de diversas especies, y tuvimos pájaros, un pez de color de oro, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño, y... un gato.

Este último animal era muy fuerte y hermoso, completamente negro, y de una sagacidad maravillosa. Mi mujer, que en el fondo era algo supersticiosa, comentando su inteligencia aludía a la antigua creencia popular que consideraba a los gatos negros como brujas disimuladas. Esto no significa que hablara totalmente en serio sobre este particular, y lo consigno sólo por que lo recuerdo.

Plutón, así se llamaba el gato, era mi amigo predilecto. Únicamente yo le daba de comer, y siempre me seguía por la casa, e incluso me costaba trabajo impedirle que me siguiera por las calles.

Nuestra amistad subsistió algunos años. Años durante los cuales, mi carácter y mi temperamento, debo confesarlo, sufrieron una alteración funesta y radical. La causa fue el demonio de la intemperancia. De día en día me volví más taciturno, más irritable, más indiferente a los sentimientos ajenos. Llegué a emplear, con mi mujer, un lenguaje brutal, y, corriendo el tiempo, la afligí incluso con violencias personales. Por cierto, los pobres animales notaron el cambio que se había producido en mí. No solamente no les hacía el menor caso, sino que los maltrataba. Plutón era el único que me despertaba aún suficiente consideración como para no golpearlo. Por el contrario, no sentía ningún escrúpulo en castigar a los conejos y al mono, y hasta al perro, cuando, por casualidad o afecto, se cruzaban en mi camino.

La maldad iba apoderándose de mí cada vez más, como consecuencia de mis excesos alcohólicos. Y, andando el tiempo, el propio Plutón, que envejecía y, naturalmente, se ponía un tanto huraño, principió a conocer los efectos de mi perversidad.

Una noche, al regresar a casa, completamente ebrio, de vuelta de uno de mis frecuentes escondrijos del barrio, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo cogí violentamente, y él, asustado, me mordió la mano, ocasionándome una leve herida. Recuerdo que entonces se apoderó repentinamente de mí un furor demoníaco. En aquel instante dejé de conocerme. Podría decirse que, de pronto, mi alma había abandonado mi cuerpo, y una ruindad superdemoníaca se filtró en cada una de las fibras de mi ser. Del bolsillo de mi chaleco saqué un cortaplumas, lo abrí, atrapé al pobre animal por la garganta y, deliberadamente, le vacié un ojo. Me estremezco de vergüenza al evocar esta abominable atrocidad.

Cuando, al amanecer, recuperé la razón, y se me disiparon los vapores alcohólicos, me sentí abrumado por una sensación mitad de horror y mitad de remordimiento por el crimen que había cometido. Pero no fue más que un sentimiento confuso, y volví a sumirme en los excesos, ahogando en la ginebra todos los recuerdos de mi siniestra acción.

El gato mejoró, entre tanto, lentamente. La órbita del ojo perdido presentaba, por cierto, un aspecto espantoso. Sin embargo, él no parecía darse cuenta de ello. Según su costumbre, iba y venía por la casa. Y, como debí suponerlo, en cuanto yo me aproximaba, huía aterrorizado. Me quedaba aún algo de mi antiguo corazón, y me afligía esta antipatía manifiesta en un ser que tanto me había amado anteriormente. Pero esta aflicción no tardó en ser desalojada por la ira, y para mi caída final e irrevocable, brotó entonces el espíritu de la perversidad.

Creo que la perversidad es uno de los impulsos primitivos del ser humano, una de esas indivisibles facultades que rigen inicialmente el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cometiendo una acción necia o vil, por la única razón de que sabía que no debía cometerla? ¿No tenemos una constante inclinación, pese a lo excelente de nuestro juicio, a violar la ley, simplemente porque comprendemos que es la LEY?

Sí, este espíritu de perversidad produjo mi ruina completa. El vivo e insondable deseo del alma de atormentarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por el amor al mal, me impelía a prolongar el suplicio que había infligido al inofensivo animal.

Una mañana, a sangre fría, ceñí un nudo corredizo en torno a su cuello y lo ahorqué colgándolo de la rama de un árbol. Lo ahorqué con mis ojos llenos de lágrimas, con el corazón desbordante del más amargo remordimiento. Lo ahorqué porque sabía que me había amado, y reconocía que jamás tuve motivo alguno para encolerizarme con él. Lo ahorqué porque comprendía que al hacerlo cometía un pecado, un pecado mortal que comprometía mi alma, hasta el punto de colocarla lejos incluso de la misericordia infinita de Dios.

En la noche siguiente al día en que realicé tan cruel acción, me despertó del sueño el grito de "¡Fuego!" Ardían las cortinas de mi lecho, y la casa era una gran hoguera. Mi mujer, mi criado y yo logramos escapar venciendo grandes dificultades. La destrucción fue total. Quedé arruinado, y me entregué desde entonces a la desesperación.

No pretendo establecer relación alguna entre causa y efecto con respecto a mi crueldad y el desastre, estoy por encima de tal debilidad. No obstante, me limito a dar cuenta de una cadena de hechos y no quiero omitir el menor eslabón.

Visité las ruinas un día después del incendio. Excepto una, todas las paredes se habían derrumbado. Esta excepción la constituía un delgado tabique interior, contra el cual se apoyaba la cabecera de mi lecho. Allí, la construcción había resistido en gran parte a la acción del fuego, hecho que atribuí a que había sido reparada hacía poco. En torno a aquella pared se congregaba la multitud, y numerosas personas la examinaban con gran atención.

Excitaron mi curiosidad las palabras "extraño", "singular" y otras expresiones parecidas. Entonces me acerqué, y vi, semejante a un bajo relieve esculpido sobre la blanca superficie, la figura de un gigantesco gato. La imagen estaba copiada con exactitud prodigiosa. Rodeaba el cuello del animal una cuerda.

Apenas observé la aparición, porque no podía considerar aquello más que como una aparición, me sobrecogió una terrible mezcla de asombro y pánico. Por fin vino en mi ayuda la reflexión, y recordé que el gato había sido ahorcado en un jardín contiguo a la casa. A los gritos de alarma, este jardín fue invadido de inmediato por la muchedumbre, y el animal debió ser descolgado por alguien y arrojado a mi cuarto por la ventana, sin duda con el propósito de despertarme. El derrumbe de las restantes paredes había comprimido a la víctima de mi crueldad en el yeso todavía fresco de la pared recién restaurada, y la cal, en combinación con las llamas y el amoniaco del cadáver, plasmaron esa imagen tal como yo la veía.

Intenté satisfacer así mi razón, aunque no mi conciencia, en la que quedó una huella profunda del sorprendente caso. Durante varios meses no pude liberarme del fantasma del gato, y nació en mi alma una especie de remedo de remordimiento. Llegué incluso a lamentar la pérdida del animal, y a buscar en torno a mí, en los miserables tugurios que frecuentaba, otro felino parecido que pudiera sustituirle.

Una noche, hallándome medio aturcido en un bodegón, llamó mi atención un objeto negro en lo alto de uno de los grandes barriles de ginebra y ron que componían el mobiliario más importante del lugar. Desde hacía algunos momentos observaba este tonel, y me sorprendió

no haber advertido lo que estaba colocado encima. Me acerqué y lo toqué. Era un gato negro, enorme, tan corpulento como Plutón, al que se asemejaba en todo, salvo en un detalle: Plutón no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, y éste poseía, aunque en forma indefinida, una señal de pelos albos, como un collar sobre el pecho.

Apenas lo toqué, se levantó repentinamente, ronroneando con fuerza, se restregó contra mi mano y pareció contento. Era el animal que buscaba. Me apresuré a hablar con el dueño y le propuse que me lo vendiera. Pero él no manifestó interés alguno por el animal. No lo conocía, no lo había visto nunca.

Seguí acariciándolo, y cuando me disponía a regresar a mi hogar, el gato se mostró dispuesto a ir conmigo. Se lo permití y caminamos hacia mi casa. Cuando llegamos se encontró como si fuera en la suya, y se convirtió rápidamente en el mejor amigo de mi mujer.

Sin embargo, muy pronto surgió en mí una inexplicable antipatía hacia él. Sucedió, precisamente, lo contrario de lo que yo había esperado. No sé cómo ni por qué ocurrió esto, pero su evidente ternura me enojaba, y casi me fatigaba. Poco a poco, estos sentimientos de disgusto y fastidio fueron aumentando, hasta convertirse en la amargura del odio. Principié a evitar su presencia. Una especie de vergüenza, mezclada al recuerdo de mi crueldad, me impedían maltratarlo, y durante algunas semanas me abstuve de golpearlo o tratarlo con violencia. Pero, gradual e insensiblemente, llegué a sentir por él un horror indecible. En silencio, lo eludía, como si huyera de la peste.

Lo que me despertó abiertamente el odio por el animal fue el descubrimiento que hice a la mañana siguiente de haberlo llevado conmigo: como Plutón, también este gato había sido privado de uno de sus ojos. Esta circunstancia, en cambio, contribuyó a hacerlo más grato a mi esposa, quién, como ya he dicho, poseía esa ternura que en otro tiempo fue mi rasgo característico y el manantial de agrados sencillos y puros.

Pero el cariño que el gato me demostraba, parecía crecer en razón directa a mi odio hacia él. Con tenacidad increíble seguía constantemente mis pasos, se ovillaba bajo mi sillón, o saltando sobre mis rodillas, me cubría con sus caricias espantosas. Si me levantaba, se metía entre mis piernas y casi me derribaba, o bien trepaba por mis ropas, clavando sus largas y agudas garras en mi pecho. En esos instantes hubiera querido matarlo de un golpe, y me lo impedía el recuerdo de mi primer crimen. No, lo que me detenía, me apresuro a confesarlo, era un verdadero terror al animal.

Este miedo no era, positivamente, a un daño físico, sin embargo es difícil definirlo de otro modo, y casi me ruboriza aceptarlo. Aún en esta celda de malhechor, me avergüenza declarar que el pánico que me inspiraba ese gato se había acrecentado a causa de una de las fantasías más perfectas que es posible imaginar.

No pocas veces, mi mujer llamó mi atención con respecto al carácter de la raya blanca en torno al cuello, que constituía la única diferencia perceptible entre este animal y aquel que yo había matado. Aunque grande, tuvo primitivamente, como ya lo he dicho, una forma

indefinida. Pero, gradualmente, pasando por diversas faces había adquirido una rigurosa nitidez de contornos.

En ese momento era la imagen de un objeto que me hace temblar, y me obliga a mirarlo como a un monstruo de horror y repugnancia. ¡Era la imagen de una cosa abominable y siniestra: la horca. ¡Máquina de espanto y crimen, de muerte y agonía!

Yo era, entonces, verdaderamente, un miserable, una bestia brutal. ¡Ay, ni de día ni de noche conocía ya la paz ni el descanso! Ni un solo instante, durante cada jornada, se alejaba de mi ese animal. A la hora de dormir, cuando salía de mis sueños llenos de inenarrable angustia, era tan sólo para sentir el aliento tibio del gato en mi rostro y su enorme peso que parecía gravitar eternamente sobre mi corazón.

Bajo tales tormentos sucumbió lo poco de bueno que quedaba en mí. Infames pensamientos se me hicieron íntimos. Las más sombrías, las más repugnantes ideas eran acariciadas por mi mente. La tristeza de mi humor se acrecentó hasta hacerme aborrecer todas las cosas y a la Humanidad entera. Mi mujer, sin embargo, no se quejaba nunca. Era siempre mi paño de lágrimas. La más paciente víctima de las repentinas, frecuentes e indomables furias, a las que ciegamente me abandoné.

Un día, por un quehacer doméstico, me acompañó al sótano del viejo edificio donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. Por los delgados peldaños de la escalera me seguía el gato, y cuando me hizo tropezar, me exasperó hasta la locura. Apoderándome de un hacha, y olvidando el espanto que había detenido hasta entonces mi mano, dirigí un golpe al animal. Habría sido mortal si le hubiese alcanzado como quería. Pero mi mujer me detuvo. Esta intervención me provocó una rabia endemoniada. Liberé mi brazo, y sin pensarlo ni un segundo, le hundi el hacha en el cráneo. Mi esposa cayó muerta instantáneamente, sin exhalar ni un gemido.

Realizado el horrible asesinato, inmediata y resueltamente, procuré esconder el cuerpo. Me di cuenta de que, ni de día ni de noche, lograría hacerlo desaparecer de la casa, sin que se enteraran los vecinos, y asaltaron mi mente varios proyectos. Por un instante pensé trozar el cadáver y enterrar los pedazos en el suelo. Después resolví cavar una fosa en el piso del sótano. Luego decidí arrojarlo al pozo del jardín. Cambié de idea y decreté embalarlo en un cajón, como una mercancía, y encargar a un mandadero que se lo llevase de casa, facturándolo a cualquier destino. Finalmente, me detuve ante un plan que consideré el más factible: determiné emparedarlo, como dicen que hacían, en la Edad Media, los monjes con sus víctimas.

El sótano parecía estar construido a propósito para este proyecto. Los muros no estaban levantados con el cuidado habitual, y no hacía mucho tiempo habían sido cubiertos, en toda su extensión, por una capa de yeso que la humedad no dejó endurecerse. Existía, por otra parte, una saliente en uno de estos muros, producida por una chimenea artificial que quedó tapada. No dudé que me sería fácil quitar los ladrillos de aquel sitio, colocar allí el cadáver, y emparedarlo, de manera que ninguna mirada pudiera descubrir nada sospechoso.

No me engañé en mis cálculos y, ayudado por una palanca, separé sin mayor dificultad los ladrillos. Luego coloqué el cuerpo contra la pared interior, y lo sostuve en esa postura, hasta restablecer, sin gran esfuerzo, toda la estructura a su estado primitivo. Tomando cuanta precaución es imaginable, me procuré una argamasa de cal y arena. Preparé una mezcla que no podía distinguirse de la primitiva, y cubrí cuidadosamente con ella el nuevo tabique.

Cuando terminé, acepté que todo había resultado perfecto. La pared no presentaba la más leve señal de arreglo. Con sumo cuidado barri el piso y recogí los escombros. Miré, triunfalmente a mi alrededor, y me dije: "Por lo menos aquí, mi trabajo no ha sido infructuoso.

En seguida, la primera idea fue buscar al felino causante de tan tremenda desgracia, porque, al fin, había resuelto matarlo. Si en aquel momento lo hubiera encontrado, nada habría evitado su destino. Pero parecía que el animal, ante la violencia de mi cólera, se había alarmado y procuraba no presentarse, desafiando, desde su refugio, mi furia.

Es imposible describir o imaginar la intensa, la apacible, sensación de alivio que trajo a mi corazón la ausencia de la detestada criatura. No se presentó en toda la noche, y ésta fue la primera que gocé desde su llegada a la casa. Dormí tranquila y profundamente. Sí, dormí con el peso de aquel asesinato en mi alma.

Transcurrieron el segundo y el tercer día. Mi verdugo no vino, y respiré una vez más como un hombre libre. En su terror, el monstruo se había alejado para siempre de aquellos lugares. Ya no volvería a verlo jamás, y mi dicha era infinita. Me inquietaba muy poco la criminalidad de mi tenebrosa acción, aunque se abrió una especie de sumario que intentó ciertas averiguaciones. También se dispuso un reconocimiento, pero, naturalmente, nada podía descubrirse. Yo daba por asegurada mi felicidad futura.

Al cuarto día de haber cometido el asesinato, se presentó inopinadamente en mi casa un grupo de agentes de policía, y procedió de nuevo a una rigurosa inspección. Confiando en lo impenetrable de aquel escondite, no experimenté turbación alguna.

Los agentes quisieron que los acompañara en su revisión, y fue examinado hasta el último rincón de la casa. Por tercera o cuarta vez bajaron al sótano, lo cual no me alteró en lo más mínimo. Como el de un hombre que reposa en la inocencia, mi corazón latía pacíficamente. Recorrí el sombrío lugar de punta a punta, crucé los brazos sobre el pecho y me pasee indiferente de un lado a otro. Plenamente satisfecha, la policía se disponía a abandonar la casa, pero era demasiado intenso el júbilo que yo experimentaba para que pudiera reprimirlo. Sentía la viva necesidad de decir una palabra, una palabra tan sólo, a modo de triunfo, y hacer doblemente evidente la convicción de mi inocencia.

—Señores —dije, cuando los agentes subían la escalera—, es para mí una gran satisfacción haber desvanecido sus sospechas. Les deseo a todos ustedes buena salud... Vuelvan a verme. Tienen ustedes aquí una casa muy bien construida... —Apenas sabía lo que hablaba en mi desatinado afán de decir algo—. Puedo asegurarles que ésta es una edificación excelente. Estos muros... ¿Cómo? ¿Se van ustedes, señores? Estos muros están edificados con una gran solidez...

Entonces, en una fanfarronada imbécil, golpeé con fuerza con mi bastón, precisamente sobre la pared tras la cual yacía mi esposa.

¡Ah, que Dios me proteja y me libre de las garras del demonio! Apenas se hundió en el silencio el eco de mis golpes, una voz respondió desde el fondo de la tumba. Era primero una queja velada, entrecortada como el sollozo de un niño. Después se convirtió en un gemido prolongado, sonoro y continuo, infrahumano; un alarido mitad de horror y mitad de triunfo, como solamente podría brotar del infierno. Me sentí desfallecer y, tambaleándome, caí contra la pared opuesta. Los agentes se detuvieron un instante en los escalones. La sorpresa y el pavor los habían dejado atónitos. Un momento después, doce brazos robustos derribaron la pared, que cayó a tierra de un golpe. El cadáver, muy desfigurado ya, y cubierto de sangre coagulada, apareció rígido ante todos los presentes.

Sobre su cabeza, con las rojas fauces dilatadas, y llameando el único ojo, se posaba el terrible animal cuya astucia me llevó al asesinato, y cuyo aullido revelador me entregaba al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!

II. Los anteojos

Hace algunos años estuvo de moda ridiculizar lo que llamamos el flechazo en el terreno del amor; pero los que saben pensar, así como los que sienten profundamente, siempre han abogado por su existencia. En efecto, los modernos descubrimientos, en lo que puede llamarse magnetismo, o estática magnética, nos ofrecen la comprobación de que los más naturales y, en consecuencia, más verdaderos e intensos afectos humanos, son los que brotan del corazón como por simpatía eléctrica. En otras palabras, que las más alegres y llevaderas cadenas sentimentales son las que se remachan con una mirada. La confesión que me dispongo a hacer, añadirá uno más a los innumerables ejemplos de esta verdad.

El carácter de mi relato me obliga a ser bastante minucioso. Soy todavía muy joven; aún no he cumplido los veintidós años. Mi apellido, hoy día, es corriente, casi plebeyo: Simpson. Y digo "hoy día", porque sólo últimamente he comenzado a llamarme así. El motivo fue heredar un importante legado que me dejó un pariente lejano llamado Adolphus Simpson. La condición para recibir dicha herencia fue que adoptara legalmente el nombre del testador: el nombre de familia, no el de pila. Mi nombre de pila es Napoleón Bonaparte. Más exactamente, estos son mis nombres de pila primero y segundo.

Acepté el apellido Simpson con cierta repugnancia, porque el mío, el verdadero, Froissart, tiene razones para un perdonable orgullo, pensando en fundar mi descendencia desde el inmortal autor de las "Crónicas". Además, y dicho sea de paso, a propósito de apellidos puedo mencionar coincidencias muy singulares en los nombres de mis predecesores inmediatos.

Mi padre era monsieur Froissart, de París. Su esposa, mi madre, con quien se casó cuando ella tenía quince años, era una señorita Croissart, hija mayor del banquero Croissart, cuya mujer, que sólo contaba con dieciséis años al casarse, era hija de Víctor Moissart. Monsieur Moissart, casualidad rara, contrajo matrimonio con una señorita del mismo apellido, mademoiselle Moissart. Ella, también era una chiquilla cuando se casó y asimismo su madre, madame Moissart, que no tenía más de catorce años cuando fue conducida al altar.

Estos matrimonios tempranos son corrientes en Francia. Tenemos, por lo tanto, en línea de descendencia directa: Moissart, Voissart, Croissart y Froissart. El último, mi propio apellido, aunque como ya he explicado, por disposición legal, se ha convertido en Simpson.

En cuanto a mis atributos personales, no me faltan. Al contrario, pienso que tengo buena figura, y poseo lo que el noventa por ciento de la gente llama un rostro atractivo. Soy alto, mi cabello es negro y rizado, y mi nariz es regular. Mis ojos son grandes y pardos y, aunque

en realidad mi vista es débil, nadie sospecharía el menor defecto en mi mirada. Esta debilidad, sin embargo, siempre me ha molestado mucho, y he acudido a todos los remedios posibles para suprimirla, salvo usar lentes. Por ser un joven de agradable presencia, naturalmente me desagradan, y me he negado siempre a usarlos.

No conozco nada que desfigure tanto un semblante, e imprima en todas las facciones un aspecto de gazmoñería, o de santurronería y envejecimiento, como el que dan las gafas. También otorgan un aire de exagerada suficiencia y afectación, de modo que he procurado la forma de arreglármelas siempre sin ellas. Quizás sean excesivos estos caprichos, puramente personales, sin mayor importancia. Bastará con añadir que mi temperamento es arrebatado, ardiente, entusiasta, y que toda mi vida he sido un devoto admirador de las mujeres.

Una noche del pasado invierno, entré en un palco del teatro, acompañado de un amigo, el señor Talbot. Era noche de ópera, y se anunciaba una atracción muy notable, así es que el teatro estaba muy concurrido. Llegamos a tiempo para ocupar los asientos de primera fila que nos habían reservado, aunque para sentarnos en ellos tuvimos que abrimos paso a codazos.

Durante un par de horas, mi amigo, que era un auténtico melómano, fijó toda su atención exclusivamente en el escenario, en tanto que yo me distraje observando al auditorio, compuesto por la flor y nata de la ciudad.

Tras satisfacerme en este punto, iba a volver mis ojos hacia la prima donna, cuando vi una figura que había escapado a mi atención.

Aunque viva mil años, jamás podré olvidar la intensa emoción con que miré a esa persona. Era la mujer más exquisita que había contemplado. Tenía vuelto el rostro hacia el escenario, en tal forma que durante unos minutos no pude ver nada de él; pero toda su estampa era divina: no hay palabras para expresar sus magníficas proporciones, y aun este vocablo me parece ridículamente débil cuando lo escribo.

La magia de las bellas formas en las mujeres, el embrujo del encanto femenino, ha sido siempre para mí una fuerza a la que no he podido resistir. Pero en aquella mujer se encarnaba la gracia más pura. Era el bello ideal de mis delirantes fantasías.

Aquella silueta, que en su mayor parte podía ver gracias a la construcción del palco, era de estatura algo superior a la común, y casi llegaba a lo majestuoso. La cabeza, de la cual sólo era visible la parte posterior, rivalizaba en contorno con la de la griega Psiquis, y estaba casi al descubierto, aun cuando llevaba un elegante sombrero liviano, que me hizo evocar la tela etérea de Apuleyo.

El brazo derecho se apoyaba en la balaustrada del palco y hacía estremecer todos los nervios de mi cuerpo con su exquisita simetría. Su parte superior estaba cubierta con una de esas mangas abiertas y sueltas, hoy tan en boga, que apenas le llegaba al codo. Debajo llevaba otra tela sutil, muy ceñida, terminada en un puño de rico encaje que le caía graciosamente sobre la mano; esa mano de la que quedaban al descubierto únicamente los

delicados dedos, en uno de los cuales brillaba una sortija de diamantes de extraordinario valor. La admirable redondez de su muñeca quedaba realzada por un brazalete también adornado y cerrado por un magnífico broche de piedras preciosas, que me hablaban, a la vez, de la riqueza y el buen gusto de quien las llevaba.

Media hora por lo menos estuve contemplando aquella regia aparición y durante aquel tiempo sentí toda la fuerza de lo que se ha contado con respecto al flechazo en el terreno del amor.

Mis sentimientos eran enteramente diferentes a todo cuanto había experimentado hasta entonces. Era algo inexplicable, que me veo obligado a considerar como magnética simpatía de alma a alma; algo que parecía encadenar no sólo mi vista, sino también mis facultades de pensar y sentir.

Advertí, sentí, y supe, que estaba profundamente enamorado, irrevocablemente enamorado, y ello, aún antes de ver el rostro de la mujer amada. Tan intensa era, en efecto, la pasión que ya me consumía, que tuve la certeza de que mermaría muy poco, si esto era posible, si las facciones de su rostro no me mostraran más que unos rasgos vulgares. De tal modo es anómala esta naturaleza del amor por flechazo, y tan poco depende de las condiciones exteriores que parecen gobernarlo y crearlo.

Mientras me hallaba absorto en la contemplación de esa visión hechicera, cierto alboroto entre el público la hizo volver levemente la cabeza, de modo que pude ver todo el perfil. Su belleza excedía a todo cuanto yo había supuesto, pero algo me desconcertó, sin que pudiera explicarme exactamente qué era.

Mis sentimientos mostraron menos arrobamiento, pero más profundo entusiasmo. Aquel estado de ánimo lo originaba, quizás, el aire de madonna del rostro. Sin embargo, al pensarlo más, comprendí que no era sólo este detalle. Existía algo más: un misterio que yo no podía descubrir, y que aumentaba mi interés. En realidad me hallaba en ese estado del alma que predispone a un hombre joven y enamorado a cometer cualquier extravagancia. Si esa dama hubiera estado sola, yo habría entrado en su palco, y le hubiese declarado mi amor, arriesgándome a cuanto pudiera suceder. Afortunadamente la acompañaban un caballero y una mujer de notable hermosura, quien, según parecía, era unos años más joven que ella.

Hilvanaba mil planes para ser presentado a la mayor de las dos damas, y, por el momento, ver su belleza con más claridad. Hubiera querido cambiar mi localidad por otra más cercana a ella, pero esto era imposible porque el teatro estaba abarrotado. Además, las severas exigencias de la moda habían prohibido el uso de gemelos en el teatro: lo prohibían terminantemente. Por fin, se me ocurrió hablarle a mi amigo.

—Talbot, usted tiene gemelos de teatro —le dije—. Préstemelos.

—¿Gemelos de teatro? ¡No! —exclamó, alarmado—. ¿Qué supone que pueda hacer yo con unos gemelos de teatro?

Y acto seguido se volvió impaciente para mirar hacia el escenario.

—Talbot —insistí yo, apoyando una mano en su hombro—. ¿Quiere escucharme? ¿Ve

usted ese palco de proscenio? ¡No, el de la derecha! ¿Ha visto en su vida una mujer más hermosa?

—Efectivamente, es muy hermosa —contestó él.

— ¿Quién será'?

—¡En el nombre del cielo! ¿Es que no sabe quién es? No conocerla demuestra que tampoco usted es persona conocida. Se trata de la célebre madame Lalande, la belleza del día por excelencia, y tema principal de todas las conversaciones en la ciudad. Es viuda, e inmensamente rica... Un buen partido. Acaba de llegar de París.

— ¿Usted la conoce?

—Sí, me cabe ese honor.

—¿Puede presentármela?

—Desde luego. Para mí será un placer. ¿Cuándo quiere que se la presente'?

—Mañana a la una me reuniré con usted en la calle B...

—Muy bien. Y ahora hágame el favor de callarse, si es posible.

Me vi obligado a obedecer a Talbot, porque él se mostró totalmente sordo a una nueva pregunta, y durante el resto de la velada atendió exclusivamente a lo que estaba sucediendo en el escenario.

Mientras tanto, yo tenía mis ojos clavados en madame Lalande, y al fin tuve la suerte de verla de frente. Su rostro era exquisitamente bello; esto ya me lo había dictado mi corazón. No obstante, una vez más experimenté esa sensación que me desconcertaba. Finalmente deduje que todos mis sentidos estaban impresionados por un aire de gravedad, tristeza, o más bien de lasitud, que empañaban la frescura de su semblante, aunque sólo para dotarlo de seráfica ternura y majestad. Esto, naturalmente, se duplicaba por mi temperamento romántico.

Mientras así recreaba mi vista, noté con gran emoción, y por imperceptible gesto de la dama, que de pronto había advertido la intensidad de mis miradas. Una vez más, quedé totalmente fascinado, y no pude apartar de ella los ojos ni un instante. Se volvió levemente, y de nuevo no vi más que el cincelado contorno de la parte posterior de su cabeza. Pasados unos minutos, como si se sintiera impulsada por la curiosidad de comprobar si yo todavía la estaba observando, lentamente fue girando el rostro, y otra vez se tropezó con mi ardiente mirada. Bajó instantáneamente sus grandes ojos negros, y un intenso rubor cubrió sus mejillas. Pero lo que me llenó de asombro y perplejidad fue ver que no volvió únicamente la cabeza, sino que tomó de su cintura unos pequeños gemelos, los alzó, ajustó... y luego me observó con ellos, atenta y deliberadamente, por espacio de unos minutos.

Si un rayo hubiera caído a mis pies, no me habría quedado tan aturdido: sólo aturdido, no ofendido ni disgustado, en absoluto, por más que acción tan atrevida, en otra mujer, probablemente me habría molestado. Pero ella lo hizo todo con tanta calma, con tanta naturalidad, con tan evidente gesto de perfecta educación, que no se la podía acusar de ningún descaro, y mis únicos sentimientos fueron de admiración.

Apenas comenzó a mirarme con los gemelos, pareció satisfecha con su examen de mi persona, y ya los retiraba de sus ojos, cuando, como si lo hubiese pensado dos veces, volvió a enfocarme, observándome con más atención, quizás por espacio de cinco minutos.

Aquella acción tan extraordinaria, ejecutada en un teatro americano, llamó la atención de todo el mundo, y se produjo cierto revuelo y cuchicheos entre el público, que durante unos instantes me llenaron de confusión. En cambio no produjeron ningún efecto visible en el semblante de madame Lalande.

Tras satisfacer su curiosidad, bajó los gemelos y miró tranquilamente hacia el escenario. Ya no veía más que su perfil, igual que antes. Seguí contemplándola ininterrumpidamente, aun cuando me daba perfecta cuenta de mi falta de cortesía. Entonces noté que su cabeza, muy lentamente, cambiaba de posición, y pronto llegué a convencerme de que la dama, que fingía mirar hacia el escenario, continuaba escrutándome atentamente. Supongo que no necesito explicar el efecto que aquel proceder causó en mi exaltado ánimo.

Después de haberme examinado de aquel modo, quizás durante un cuarto de hora, el bello objeto de mi pasión se dirigió al caballero que se hallaba a su lado, y mientras hablaba con él, me percaté claramente, por las miradas de ambos, de que se referían a mí. Al término de la breve conversación, madame Lalande giró nuevamente hacia el escenario, y pasaron unos minutos en que pareció muy interesada en la representación. Sin embargo, luego de unos momentos, mi emoción aumentó terriblemente, al verla ajustar una vez más los anteojos que pendían de su cintura, mirarme cara a cara, como había hecho antes, y sin hacer caso de los murmullos de la gente, inspeccionarme de arriba a abajo, con la maravillosa compostura que ya había deleitado y turbado mi alma.

Aquella actitud me sumió en un intenso delirio de amor, y sirvió más para enardecerme que para desconcertarme. En la loca intensidad de mi pasión, lo olvidé todo, menos la presencia de la majestuosa belleza que tenía ante mí. Esperé la oportunidad, y cuando me pareció que el público estaba completamente distraído por la representación, atraje la mirada de madame Lalande, y le dirigí un ligero pero inequívoco saludo.

Ella se ruborizó, miró hacia otro lado, y después, lenta y cautelosamente, observó en torno a sí, para comprobar si mi temerario gesto había sido notado, y a continuación se inclinó hacia el caballero que estaba junto ella.

Entonces me di perfecta cuenta de la incorrección que acababa de cometer, y no esperé nada menos que pidiera una inmediata explicación, a la vez que, por mi cerebro, pasaba rápidamente la visión de unas pistolas a la mañana siguiente.

Sin embargo, a continuación me sentí muy aliviado, al ver que la dama le entregaba al caballero el programa de la función, sin decirle una sola palabra. Y ahora, procure el lector formarse una idea de mi asombro, de mi fantástico asombro, de mi delirante arrebató del alma, cuando luego de mirar furtivamente en rededor, dejó ella que sus ojos resplandecientes se posaran en los míos, y con una sonrisa que descubría las blancas perlas de sus dientes, hizo dos claros aunque leves movimientos afirmativos con la cabeza.

No vale la pena que insista acerca de mi dicha, de mi arrobamiento. Si alguna vez enloqueció un hombre por exceso de felicidad, ese hombre fui yo en aquellos momentos. Amaba. Era mi "primer amor"..., un amor supremo, indescriptible. Era un amor por flechazo, y por flechazo también era apreciado y correspondido.

¡Sí, correspondido! ¿Cómo iba a dudarle ni un solo instante? ¿Qué otra interpretación podía dar a aquel proceder por parte de una mujer tan bella, rica, refinada, con educación superior, con tan elevada posición social, tan respetable en todo sentido, como era madame Lalande? Sí, ella me amaba, correspondía al impulso de mi amor con otro impulso tan ciego, tan firme, tan desinteresado, y tan incondicional como el mío. Estas deliciosas fantasías quedaron interrumpidas por la caída del telón. El público se puso de pie y acto seguido se produjo el habitual bullicio.

Dejé precipitadamente a Talbot, y empleé todos mis esfuerzos para abrirme paso y colocarme lo más cerca posible de madame Lalande. No habiendo podido lograrlo a causa de la muchedumbre, tuve que renunciar a mi persecución, y dirigí los pasos hacia mi casa. Consolé mi decisión, con el pensamiento de que a la mañana siguiente sería presentado a ella en debida forma, gracias a los buenos oficios de mi amigo Talbot.

Finalmente amaneció, tras una larga noche de impaciencia. Y entonces las horas, hasta la una, fueron pasando con lentitud desesperante. Cuando no se extinguía el eco del reloj anunciando la una, corrí hacia la calle B... y pregunté por Talbot.

—No está —me respondió el lacayo a su servicio.

—¿Cómo que no está? —interrogué sorprendido—. Permítame que le diga, amigo mío, que eso es completamente imposible y absurdo. El señor Talbot no puede haber salido. ¿Por qué dice usted eso?

—Sólo porque no está en casa. Inmediatamente después de almorzar, tomó el coche para ir a S... Avisó que no regresaría hasta dentro de una semana.

Me quedé petrificado por el estupor y la ira. Finalmente di media vuelta, lívido de cólera, e interiormente mandando al infierno a toda la estirpe de los Talbot. Era evidente que mi amigo había olvidado nuestra cita apenas la habíamos concertado. Nunca cumplía con su palabra muy escrupulosamente, y no existía forma para corregirlo. Reconociendo esto, calmé mi indignación tanto como me fue posible, y vagué por las calles, malhumorado, haciendo preguntas inútiles sobre madame Lalande, a los conocidos que encontraba.

Comprobé que todos la conocían de oídas, muchos de vista, pero como hacía escasas semanas que se hallaba en la ciudad, eran pocos los que afirmaban tratarla personalmente. Éstos, eran aún relativamente extraños para ella, y no podían, o no querían, tomarse la libertad de presentarme con las formalidades que requería semejante visita. Mientras yo me desesperaba conversando con un trío de amigos sobre la causa de mi tormento, ocurrió que la persona de quién hablábamos pasó muy cerca de nosotros.

—¡Por mi vida, ésa es! —exclamó uno de mis amigos.

—¡Maravillosamente bella! —expresó otro.

—¡Como un ángel! —afirmó el tercero.

—Miré y en el carruaje que avanzaba hacia nosotros lentamente, calle abajo iba sentada la deslumbrante dama de la ópera, acompañada por la señorita que estaba con ella en el palco. —La que va a su lado también es elegantísima — comentó el primero de mis amigos. —Es asombrosa. Su aspecto aún es magnífico, pero no olvidemos que el arte obra maravillas. Parece más atractiva que hace cinco años, cuando la vi en París. ¿No le parece a usted, Simpson?

—¿Todavía? —pregunté asombrado—. ¿Y por qué no habría de serlo? Comparada con su amiga, parece una lámpara de aceite junto a una estrella de la tarde, una mariposa de luz comparada con Antares.

Uno de ellos rió a carcajadas, y luego dijo:

—Simpson, tiene usted el maravilloso don de hacer descubrimientos... y, por cierto, muy originales. A continuación nos separamos, en tanto que otro principió a canturrear una alegre canción de vodevil, de la cual sólo capté estos versos:

¡Ninon, Ninon, Ninon, á bas!
¡À bas Ninon de L'Enclos!

Durante aquella escena, hubo algo que me reconfortó, aunque avivó aún más la pasión que me consumía. Al pasar el coche de madame Lalande junto a nuestro grupo, noté que ella me había reconocido, no sólo esto, sino que me favoreció con la más exquisita de todas las sonrisas imaginables.

En cuanto a ser presentado a ella, tuve que abandonar toda esperanza; al menos durante el tiempo en que a Talbot se le ocurriera permanecer en el campo.

Comencé a frecuentar asiduamente los lugares famosos de diversión pública, y, por fin, en el teatro donde la había visto por primera vez, tuve la suerte de hallarla, e intercambiar nuevamente mis miradas con las suyas. Pero esto ocurrió al cabo de dos semanas. Entre tanto, diariamente preguntaba por Talbot, en su hotel, y recibía el eterno "todavía no ha regresado" de su lacayo; sentía que volvía a invadirme la indignación.

En aquella velada, por lo tanto, me encontraba próximo a la locura. Me habían dicho que madame Lalande era parisiense, y había llegado recientemente de París. ¿Regresaría a Francia antes que Talbot volviera del campo? ¿No la perdería entonces para siempre? Esa idea, que no podía soportar, fue la que me impulsó a actuar con viril decisión. Apenas terminó la representación teatral, seguí a la dama hasta su casa, anoté la dirección, y, a la mañana siguiente, le envié una larga y meditada carta, en la que volqué todo mi corazón.

Me expresaba de ella audazmente, con pasión y libertad. No le oculté nada, ninguna de mis flaquezas: aludí a las románticas circunstancias de nuestro primer encuentro, y hasta a las miradas que se cruzaron entre nosotros. Me atrevía a decirle que estaba seguro de su amor, y al mismo tiempo le ofrecía esa seguridad, y la intensidad de mi afecto, como disculpa a mi imperdonable proceder. Como tercera excusa, le hablé de mi temor a que pudiera abandonar la ciudad antes de que yo consiguiera la oportunidad para una presentación

formal. Y concluí la más vehemente epístola de amor jamás escrita, con una franca descripción de mi posición social, de mis bienes, y mi proposición matrimonial.

Con angustiosa espera aguardé la respuesta. Y después de lo que me pareció el transcurso de un siglo, llegó por fin.

Sí, "realmente" llegó. Recibí, en efecto, una carta de madame Lalande: la hermosa, la idolatrada madame Lalande. Como buena francesa, había obedecido a los sinceros dictados de su razón, a los generosos impulsos de su naturaleza, despreciando las afectadas gazmoñerías del mundo. No había desdeñado mis proposiciones: no se había encerrado en el silencio; no me había devuelto mi carta sin abrirla. Por el contrario, me enviaba una respuesta escrita con sus propias manos, en la que decía lo siguiente:

"El señor Simpson me perdonará que no escriba correctamente la hermosa lengua de su país, o al menos que no lo haga tan bien como en la mía. Hace muy poco tiempo que vine aquí, y no he tenido oportunidad de estudiarla. Sea ésta mi excusa a la forma en que le digo esto, caballero: ¡Ay de mí! El señor Simpson ha adivinado sobradamente toda la verdad. ¿Cabe agregar algo? ¿No he dicho ya más de lo que debiera decir?"

Eugenia Lalande."

Besé un millón de veces aquella nota, y cometí por su causa otras mil extravagancias que ya han huido de mi memoria. ¡Pero Talbot no regresaba! Si hubiera podido formarse la más vaga idea del padecimiento que su ausencia me producía ¿no habría corrido de inmediato a mi lado para consolarme? Le escribí y me contestó. Le retenían urgentes negocios, y estaría pronto de vuelta. Me rogaba que no fuera impaciente y que moderase mis impulsos, que leyera libros de tema calmante, que no abusara de las bebidas alcohólicas... ¡y que llamara en mi ayuda al consejo de la filosofía! ¡Necio! Ya que él no podía venir ¿por qué no me enviaba una carta de presentación? Volví a escribirle, implorándole que me la mandara cuanto antes. Esta última misiva me la devolvió el lacayo, con las siguientes palabras escritas al dorso del sobre: el muy bribón se había ido al campo con su amo.

"Salió de S... ayer; con dirección desconocida. No dijo a dónde iba ni cuando volvería. He reconocido su letra, y como usted siempre tiene prisa, me ha parecido mejor devolverle su carta. Sinceramente suyo, Stubbs."

Después de esto, no será necesario decir que deseé los peores castigos para amo y criado, aunque de poco me servía la indignación, y quejarme no era un consuelo. No obstante me quedaba un recurso: mi natural audacia. Hasta entonces me había servido mucho, y decidí ponerla en juego. Además, después de la correspondencia intercambiada entre madame Lalande y yo ¿qué falta de corrección podía cometer, dentro de ciertos límites, que ella pudiera juzgar impropio?

Desde que recibí su carta, había adquirido el hábito de rondar su vecindad, y así descubrí que a la hora del crepúsculo solía dar un paseo, acompañada únicamente por un negro de librea, por una plaza pública. Allí, entre las frondosas y casi oscuras alamedas, bajo la pálida luz de un suave atardecer de verano, me acerqué a ellos.

Para desorientar al sirviente, lo hice con toda la naturalidad de un antiguo conocido. Ella, con la presencia de ánimo de una auténtica parisiense, comprendió de inmediato mi treta, y para saludarme me ofreció la mano más adorablemente pequeña que sea posible imaginar. El criado quedó atrás en seguida, y entonces, con el corazón rebosante de alegría, pudimos conversar extensamente y sin reservas sobre nuestro amor.

Debido a que madame Lalande hablaba inglés con menor facilidad que como lo escribía, preferimos hablar en francés. En aquella dulce lengua, tan adecuada para expresar la pasión amorosa, di rienda suelta al impetuoso entusiasmo de mi naturaleza, y, con toda la elocuencia de que pude disponer, le rogué que consintiera en nuestro inmediato matrimonio.

Al darse cuenta de mi impaciencia, ella sonrió. Puso como pretexto el decoro social. Yo había cometido la gran imprudencia de haber hecho público, entre mis amigos, el deseo de relacionarme con ella, lo cual significaba que aún no la conocía, y no habría manera de ocultar la fecha en que se iniciaban nuestras relaciones. Luego, me hizo notar, sonrojándose, lo demasiado reciente de esa fecha. Casarnos en seguida sería impropio, sería "outré" (ultrajante). Todo esto lo explicaba con un aire de "naiveté" (ingenuidad) que me arrebató, y al mismo tiempo me apenaba y me convencía.

Llegó a acusarme, riendo, de precipitación y de imprudencia. También me hizo notar que, en realidad, yo no sabía quién era ella, ni su familia, ni su posición en la sociedad. Me rogó que lo meditara, y calificó mi amor de apasionamiento, de fuego fatuo, de obra inestable más de la fantasía que del corazón, de capricho momentáneo. Todo aquello lo decía mientras las sombras del atardecer caían más y más a nuestro alrededor, y luego, con un suave apretón de su mano, derribaba en un dulce instante el edificio de argumentos que ella misma había levantado.

Le respondí insistiendo en la adoración profunda y la admiración que me inspiraba. Para terminar, me extendí con enérgica convicción en los peligros que acechaban el cauce del amor verdadero, que se desliza sin dificultades, y de aquí deduje el manifiesto riesgo de prolongar innecesariamente la situación en que nos encontrábamos.

Este último argumento pareció, al fin, suavizar el rigor de su determinación. Pero todavía quedaba un obstáculo, que estaba segura de que yo no había tomado debidamente en cuenta.

Se trataba de un punto delicado, y al mencionarlo tenía que sacrificar sus sentimientos, aunque por mí, ella no repararía en ninguna clase de sacrificios. Aludía a la cuestión de la edad. ¿Yo me daba cuenta? ¿Había advertido claramente la diferencia que existía entre nosotros? El hecho de que la edad del marido excediera en varios años a la edad de la mujer, era considerado por todo el mundo como admisible, e incluso conveniente. Pero ella siempre había mantenido la creencia de que los años de la esposa nunca deben exceder a los del marido. ¡Una diferencia de esa clase, frecuentemente, por desdicha, originaba una vida de infelicidad. Eugenia entendía que mi edad no pasaba de los veintidós años, en cambio yo, por el contrario, parecía ignorar que los años de ella sobrepasaban muchísimo ese número!

En todo aquello, mi amada mostraba una nobleza de alma, una digna sinceridad que me deleitaba, y me encadenaba a ella para siempre.

—Mi amadísima Eugenia —dije— ¿qué importancia tiene lo que estás diciendo? Tus años son algo más que los míos. ¿Pero qué importa esto? Las costumbres del mundo no son sino necesidades convenidas. Para los que se aman como nosotros ¿en qué puede diferenciarse una hora de un año? Yo tengo veintidós, de acuerdo; en realidad, ya casi tengo veintitrés. En cuanto a ti, no tendrás más de... de...

Al llegar a aquel punto me detuve, esperando que Eugenia me interrumpiera, comunicándome su edad. Pero una francesa raramente habla en forma inequívoca en tales ocasiones, y siempre dispone de alguna hábil escapatoria verbal. En nuestro caso, durante unos momentos pareció buscar algo que decir, y finalmente dejó caer sobre la hierba una miniatura que yo recogí.

—Guárdala —ordenó ella, con una de sus más fascinantes sonrisas—. Guárdala como recuerdo mío de este momento, como recuerdo de la que está ahí retratada y demasiado favorecida. En el dorso podrás descubrir la información de lo que parece interesarte. Ahora se está haciendo de noche, pero mañana podrás examinarla con calma. Mis amigos preparan a estas horas una reunión musical, y también te prometo la asistencia de un buen cantante. Nosotros los franceses no somos tan remilgados como los norteamericanos para estas cosas, y por lo tanto no tendré dificultad en presentarte, en esta reunión, como un antiguo conocido.

Diciendo esto, se cogió de mi brazo, y la acompañé hasta su casa. La residencia era hermosísima, amueblada con muy buen gusto. Sin embargo, no me siento autorizado para juzgar a fondo, ya que cuando llegamos era de noche, y en las casas norteamericanas, aun en las más elegantes, no se encienden las luces mientras dura el calor del verano, pasado el anochecer. Hasta cerca de una hora después de mi llegada, hubo sólo un quinqué con pantalla en el salón principal, y, según logré apreciar con esta iluminación, ostentaba un gran refinamiento y esplendor. Las salas contiguas, donde la concurrencia se reunía preferentemente, permanecieron toda la velada en agradable penumbra.

Madame Lalande no había exagerado el talento musical de su amigos, y el canto que allí pude escuchar fue superior a cuanto se oía fuera de Viena. Los intérpretes de las partituras con instrumentos eran varios, de gran talento. Las cantantes, exclusivamente mujeres, resultaron excelentes.

Finalmente, al cabo de pedirselo encarecidamente, madame Lalande se puso de pie. Decidida, sin afectación, abandonó la "chaise longue" (el sillón) donde se hallaba sentada a mi lado, y acompañada por dos caballeros y su amiga de la ópera se dirigió al salón donde se ubicaba el piano. Yo quería acompañarla, pero comprendí que, debido a las circunstancias, lo mejor era quedarme inadvertido donde me hallaba. Así, me vi privado del placer de verla, ya que no de oírla cantar.

La impresión que causó en la concurrencia tuvo algo mágico. Pero el efecto que a mí me produjo fue aún más intenso. Sin duda dependía, en parte, del sentimiento de amor que me

invadía, y de mi convicción sobre la extremada sensibilidad de la cantante, porque no es posible que arte alguno pueda comunicar a un aria o a un recitado expresividad más apasionada que la de ella. Sus notas bajas eran maravillosas. Su voz abarcaba tres octavas que se extendían desde el "re" contralto hasta el "re" sobreagudo, subiendo y bajando en escalas, cadencias y "fioritures". En el final de "La Sonámbula" produjo un efecto notable al cantar: "¡Ah, non giunge uman pensiero, al contento ond 'io son pena."

Al levantarse del piano, después de aquellos milagros de ejecución vocal, ocupó nuevamente su lugar a mi lado. Le expresé el más hondo deleite que había experimentado ante su ejecución. Pero de mi asombro nada dije, aun cuando estaba atónito; lo estaba, porque cierta nota de debilidad o, más bien, una trémula inflexión que surgía en su voz al conversar, jamás me habrían autorizado a sospechar que podría atacar con éxito esas partituras.

Nuestra conversación fue larga vehemente, interrumpida, y sincera. Me pidió que le relatara algunos episodios tempranos de mi vida, y escuchó atenta, casi conteniendo la respiración, todas las palabras de lo que le narré. No oculté nada, porque entendía que no tenía derecho a ocultar nada a su confiado afecto.

Alentado por su franqueza en el delicado asunto de la edad, me extendí en los pormenores de mis defectos, e hice plena confesión de mis flaquezas morales y físicas. Hablé de mis imprudencias en los días de colegio, mis extravagancias, mis juergas, mis deudas, y mis amoríos. Tampoco dejé de mencionar la tos que en cierta época me había molestado, el reumatismo crónico hereditario, y, para concluir, la desagradable y odiosa, aunque cuidadosamente ocultada, flaqueza de mi vista.

—Sobre este último punto —sostuvo Eugenia, sonriendo—, has cometido una verdadera indiscreción al confesarlo. Habría jurado que nadie podía acusarte de ese defecto.

Se detuvo, y, a pesar de las penumbras, creí que sus mejillas subían de color. Luego añadió:

—¿No recuerdas, "mon cher ami", estos pequeños anteojos auxiliares que ahora cuelgan de mi cuello?

Al decir esto, jugueteaba con los gemelos que me habían producido tanta confusión en la ópera.

—Naturalmente que me acuerdo... — exclamé, oprimiendo la delicada mano que ofrecía aquellos anteojos para mi examen.

Eran una complicada joya, afilegranada y cuajada de piedras preciosas, que, aún bajo la escasa luz de la estancia, noté que debía ser de mucho valor.

—"¡Eh, bien, mon ami!" —continuó diciendo, con cierto apresuramiento que no dejó de sorprenderme—. "¡Eh, bien, mon ami!" Me has pedido un favor que has calificado de

inapreciable; me has pedido mi mano, para mañana, sin más tardanza. ¿Podría yo pedirte un favor a cambio? ¿Un favor muy pequeño?

—¡Dímelo! —exclamé con vehemencia—. ¡Dímelo, amada mía, Eugenia mía! ¡Dímelo! Pero... ¿para qué? ¡Ya está concedido, antes de que lo expreses!

—Entonces, "mon ami", tienes que vencer, por amor a tu Eugenia, ese ligero defecto que acabas de confesar, esa debilidad más moral que física, que no calza con la nobleza de tu espíritu, que es incompatible con la sinceridad de tu carácter, y que si alcanzara mayor incremento, tarde o temprano podría causarte un serio disgusto. Por amor a mí, debes vencer esa afectación que te inclina a ocultar el defecto de tu vista. ¡Niegas virtualmente ese defecto al rechazar el empleo de los medios para corregirlo! Comprenderás que lo que te pido es que uses anteojos. ¡Y no me digas que no, porque ya has consentido en hacerlo, por mi amor! Acepta estos gemelos, aunque no tienen un valor extraordinario como joya, son un auxiliar admirable para la vista. Por medio de una ligera modificación, así... o así, se pueden adaptar a los ojos, o llevarlos en el bolsillo del chaleco...

Debo confesar que aquella petición me turbó un poco. Pero la condición que se le unía hizo imposible toda vacilación.

—¡Concedido! —exclamé, con el mayor entusiasmo que pude reunir en aquel instante—. Concedido. Sacrificaré por ti todas mis objeciones. Ahora guardaré estos anteojos aquí, sobre mi corazón y con las primeras luces de la mañana, esa mañana que me dará el derecho a llamarte mi esposa, me los pondré sobre la nariz, y así los usaré, en la forma menos romántica, menos elegante, pero sin duda más útil, como tú lo deseas.

La conversación giró luego sobre nuestras disposiciones para el día siguiente. Supe, por mi amada, que Talbot acababa de regresar a la ciudad. Debía ir a visitarlo en seguida, y procurarme un carruaje. La "soirée" no terminaría antes de las dos de la mañana, y en aquella hora el vehículo tendría que hallarse ya en la puerta de la casa. Entonces, aprovechando el bullicio de la partida de los invitados, Eugenia podría entrar fácilmente en el coche sin que nadie lo notara. Inmediatamente nos iríamos a casa de un sacerdote que nos estaría esperando; allí nos casaríamos, nos despediríamos de Talbot, y acto seguido emprenderíamos un viaje al Este, dejando que el mundo elegante hiciera los comentarios que le viniera en gana.

Luego de planificar esto, me despedí, y fui en busca de Talbot. Pero en el camino no resistí a la tentación de examinar la miniatura, lo que hice con ayuda de los lentes. ¡El rostro era de una belleza extraordinaria! ¡Qué ojos tan radiantes..., qué altiva nariz griega..., qué abundantes y negros cabellos! ¡Ah!, dije para mí, lleno de pasión, ésta es en efecto la viva imagen de mi amada! Miré el reverso, y descubrí las palabras: "Eugenia Lalande, a la edad de veintisiete años y siete meses."

Encontré a Talbot en su domicilio, y rápidamente lo puse al tanto de mi buena suerte. Como era natural, Talbot manifestó asombro extraordinario, y me felicitó cordialmente, ofreciéndome toda la ayuda que pudiera prestarme. En una palabra: cumplimos todos nuestros preparativos al pie de la letra, y a las dos de la madrugada, diez minutos después

de la ceremonia, me encontré en un coche cerrado con madame Lalande, valga decir, con la señora Simpson, dirigiéndonos velozmente hacia las afueras de la ciudad.

Habíamos decidido que efectuaríamos nuestra primera parada en C..., aldea que se hallaba a unas veinte millas de la ciudad. A las cuatro en punto, el coche se detuvo ante la puerta de la hospedería principal del pueblo, y ordené que nos sirvieran de inmediato un desayuno. Entre tanto, nos hicieron pasar a una salita privada.

Era ya casi de día, y al mirar, lleno de arrobamiento, al ángel que tenía a mi lado, se me ocurrió repentinamente la idea de que era aquella la primera ocasión, desde que conocía a Eugenia, en que podría disfrutar de una inspección a su belleza a plena luz.

—Y ahora, "mon ami" —dijo ella, tomándose una mano e interrumpiendo mis pensamientos—, ahora, puesto que he accedido a tus apasionadas súplicas, y cumplí mi parte en nuestro acuerdo, supongo que no habrás olvidado que tú también me debes una pequeña promesa. Recuerdo perfectamente las palabras que pronunciaste anoche: "Sacrifico por ti todas mis objeciones. Ahora guardaré estos anteojos aquí, sobre mi corazón, y con las primeras luces de la mañana, esa mañana que me dará el derecho a llamarte mi esposa, me los pondré sobre la nariz, y así los usaré, en la forma menos romántica, menos elegante, pero sin duda más útil, como tú lo deseas."

—Ésas fueron exactamente mis palabras —repliqué—. Tienes una excelente memoria, Eugenia mía, y te aseguro que no tengo la menor intención de faltar a la insignificante promesa que encierran.

Y tras disponer los cristales en forma de anteojos, los coloqué adecuadamente en su posición. Por su parte, la señora Simpson, se ajustó el sombrero, cruzó los brazos, y permaneció sentada en su sillón, adoptando una postura envarada y relamida.

—¡Cielo santo! —exclamé, en cuanto los lentes cabalgaron sobre mi nariz—. ¿Qué ocurre con estos anteojos...?

Quitándomelos rápidamente, los limpié afanosamente con un pañuelo de seda, y volví a ajustármelos. Pero si en el primer momento había ocurrido algo que me había llenado de sorpresa, en seguida esta sorpresa se convirtió en asombro; un asombro extremado, inmenso, escalofriante. En nombre de todas las cosas horribles de este mundo... ¿qué era aquello? ¿Podía dar crédito a lo que estaba viendo? ¿Era... "eso... colorete"? ¿Y ésas... "eran arrugas"? ¿Arrugas en el rostro de Eugenia Lalande? ¡Oh, por Júpiter! ¿Qué..., qué había pasado con sus dientes? Arrojé los anteojos al suelo, mudo de terror, mirando cara a cara a la señora Simpson con los brazos puestos en jarra riendo sarcásticamente.

—Bien, señor —dijo, después de observarme de pies a cabeza durante unos momentos—. ¿Qué le ocurre? ¿Le ha atacado el baile de San Vito? ¿O es que no le gusto?

—¡Miserable! —exclamé, conteniendo la respiración—. ¡Tú..., usted..., usted no es más que una vieja bruja!

—¿Vieja? ¿Bruja? No soy tan vieja al fin y al cabo, puesto que no he pasado un día de los ochenta y dos.

—¡Ochenta y dos años! —grité, tambaleándome y retrocediendo hasta la pared—. ¡Ochenta mil demonios! ¡La miniatura decía veintisiete años y siete meses!

—Sin duda alguna, eso es verdad. Pero ese retrato fue pintado hace más de cincuenta años. Cuando me casé con mi segundo esposo, monsieur Lalande, me hizo ese retrato la hija de mi primer marido monsieur Moissart.

—¿Moissart?

—Sí, Moissart. —Se burló ella, imitando mi pronunciación francesa, que no era muy buena—. ¿Qué sabe usted sobre Moissart?

—¡Nada! No sé nada de él, pero yo tuve un antepasado que se apellidaba así...

—¿Y tiene algo que decir de ese apellido? ¡Es muy respetable! Como también lo es Voissart. ¡Sí, ése es otro apellido importante! Mi hija, mademoiselle Moissart, se casó con monsieur Voissart, y ambos apellidos son respetabilísimos.

—¿Moissart y Voissart? —interrogué, atónito—. ¿Qué está diciendo?

— ¡Estoy diciendo Moissart y Voissart, y además quiero decir Croissart y Froissart. La hija de mi hija, mademoiselle Voissart, se casó con monsieur Croissart, y luego la nieta de mi hija, mademosille Croissart, se casó con monsieur Froissart. Y supongo que no objetará usted que éste es igualmente un apellido distinguido.

—¡Froissart! —musité, sintiendo que comenzaba a desmayarme—. ¿En verdad usted ha dicho Moissart, Voissart, Croissart, y Froissart?

—Exactamente —asintió, tendiéndose en el sofá—. Moissart y Voissart, Croissart y Froissart. Desgraciadamente, Froissart era lo que se llama un estúpido, un auténtico estúpido que abandonó la "belle France" para venir a esta insulsa América. Aquí, según he oído decir, tuvo un hijo tan estúpido como él, llamado Napoleón Bonaparte Froissart, pero usted reconocerá que este nombre es también muy honorable.

Ya sea por su extensión o por su naturaleza, este pequeño discurso produjo una gran pasión en la señora Simpson, y cuando terminó de hablar, saltó de su sillón como una persona embrujada, esparciendo por el suelo una enorme cantidad de rellenos que se desprendieron de sus ropas. Ya en pie, mostró sus desnudas encías, y concluyó la función quitándose el sombrero y con él una valiosa peluca de rizos negros, y, allí mismo, sobre postizos y rellenos, en una especie de arrebató de cólera, bailó un fandango.

Yo me había hundido en el sillón que ella acababa de abandonar, repitiendo alelado:

—Moissart y Voissart, Croissart y Moissart...

De pronto, no pude contener un grito:

—Napoleón Bonaparte Froissart! ¡Ése soy yo! ¡Escúcheme bien, vieja serpiente, ése soy yo! ¿Lo oye? ¡Yo soy Napoleón Bonaparte Froissart! ¡Y que el infierno me condene eternamente! ¡Acabo de casarme con mi tatarabuela!

Madame Eugenia Lalande, quasi Simpson antes Moissart, era ni más ni menos que mi tatarabuela. Había sido muy hermosa, y aún a los ochenta y dos años, conservaba la talla majestuosa, el escultórico perfil, y los bellos ojos de su juventud. Con estas cualidades, el blanco de perla, el cabello y los dientes postizos, y con la ayuda de las más hábiles modistas de París, se las había arreglado para cumplir un digno papel entre las bellezas algo pasadas de moda de la metrópoli francesa. En este aspecto, podía considerársela como el doble de la famosa Ninon de L'Enclos.

Era inmensamente rica, y al quedar viuda por segunda vez, y sin hijos, se acordó de mi existencia en América. Con el propósito de hacerme su heredero, decidió visitar los Estados Unidos, en compañía de una sobrina lejana de su segundo marido, incomparablemente bella, la admirable madame Stephanie Lalande.

En el teatro, mi presencia llamó fuertemente la atención a mi tatarabuela, y después de examinarme con los anteojos, quedó impresionada al notar que guardábamos cierto parecido de familia.

Interesada por esta razón, y sabiendo que el heredero al que buscaba vivía en la ciudad, procuró informarse acerca de mí. El caballero que la acompañaba me conocía de vista, y le dijo quién era yo. Dicha información la indujo a repetir su examen con los anteojos; aquel examen que me enardecíó y me llevó a comportarme de la manera ya referida. Entonces fue cuando ella me devolvió el saludo, pensando que, por alguna circunstancia imprevisible, yo había descubierto su identidad.

Cuando, engañado por la debilidad de mi vista y los encantos de la singular dama, pregunté a Talbot quien era ella, mi amigo imaginó que me refería a la belleza más joven, o sea a Stephanie Lalande, y por eso me informó que se trataba de la famosa viuda madame Lalande.

Al día siguiente, mi tatarabuela se encontró con Talbot, antiguo conocido suyo en París, y la conversación se refirió a mi persona. En esa ocasión quedaron explicados los defectos de mi vista, que ya eran muy comentados, aunque yo siempre tratara de ocultarlos, y la buena anciana comprendió, con pena, que estaba engañada al suponer que yo acababa de descubrir nuestros lazos familiares. Lo único que había hecho era la tontería de cortejar abiertamente, y en un teatro, a una anciana desconocida. Entonces quiso castigarme por aquella imprudencia, y tramó todo el plan con Talbot.

En cuanto a mis investigaciones callejeras acerca de la hermosa viuda Lalande, supusieron que me refería a la joven, más claramente, a Stephanie Lalande. De este modo se explica la conversación con aquellos tres amigos, y su alusión a Ninon de L'Enclos.

En la velada musical, mi necia obstinación en no usar lentes fue lo que me impidió descubrir su edad. Cuando madame Lalande fue invitada a cantar, se trataba de Stephanie, la joven, y mi tatarabuela, para completar el engaño, se levantó simultáneamente para acompañarla hasta el piano. En consecuencia, la voz que tanto admiré era la de madame Stephanie Lalande. No será necesario añadir que los cristales de los anteojos que usaba la anciana dama, ella misma los había cambiado por otros que se adaptaban mejor a mis años, y que se ajustaron perfectamente a mi vista.

El sacerdote, que no había hecho sino fingir aquel fatal enlace, era un amigo de Talbot y no un auténtico clérigo. Un hombre muy astuto, que después de quitarse la sotana para vestir de librea, condujo el coche de alquiler que transportó a la "feliz pareja" fuera de la ciudad. Talbot tomó asiento junto a él. Los dos pillastres estaban de acuerdo, y por una ventana entreabierta de aquella salita en la hostería se divirtieron con el "desenlace del drama". Pienso que me veré obligado a desafiarlos a los dos.

A pesar de todo, no soy el marido de mi tatarabuela, y pensarlo me proporciona un infinito desahogo. Pero soy el marido de madame Lalande. Sí, de madame Stephanie Lalande, con la cual, la anciana Eugenia, al mismo tiempo que me ha declarado su único heredero, se ha tomado la molestia de emparejarme.

En conclusión, se terminaron para mí las cartas de amor, y jamás volverá alguien a verme sin mis anteojos.

III. Los asesinatos de la rue Morgue

Las condiciones mentales que suelen juzgarse como analíticas son, en sí mismas, muy difíciles de analizar. Las apreciamos únicamente por sus efectos. Conocemos de ellas, entre otras cosas, que son siempre para quien las posee en alto grado fuente de grandes goces. Así como hay hombres que se entusiasman con sus aptitudes físicas, el analizador se deleita con la actividad intelectual que se ejerce al "desentrañar", y obtiene placer hasta de las más triviales ocupaciones que ponen en juego su talento. Se fascina con los enigmas, los acertijos, los jeroglíficos, y muestra, en las soluciones de cada uno, un grado de "agudeza" que al vulgo le parece penetración sobrenatural. Sus resultados, logrados por su solo espíritu y por la esencia de su método, adquieren todo el aspecto de una intuición.

La facultad de resolución es acaso potenciada por los estudios matemáticos, y es especialmente esa importantísima rama de éstos la que, impropriamente y sólo teniendo en cuenta sus operaciones previas, ha sido llamada como por excelencia: análisis. Sin embargo, calcular no es en sí analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace lo uno sin esforzarse en lo otro. De esto se desprende que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre la mente, está mal comprendido.

No, yo no estoy escribiendo aquí un tratado, sino prolongando una narración bastante singular, con observaciones hechas a la ligera. Pero aprovecharé esta ocasión para afirmar que las más altas facultades de la inteligencia reflexiva trabajan más decididamente y, con más provecho, en el modesto juego de "damas", que en la primorosa superficialidad del ajedrez. En éste, donde las piezas tienen diversos y rebuscados movimientos, con diferentes y variables valores, lo que sólo es complicado se toma erróneamente por profundo. La atención trabaja aquí poderosamente: si flaquea un instante se comete una negligencia cuyo resultado es retroceso o derrota. Como los movimientos no sólo son muchos, sino intrincados, las probabilidades de descuidarse se multiplican y en nueve casos de diez el que triunfa es el jugador con más capacidad de concentración, y no el más perspicaz. En las "damas", por el contrario, los movimientos son "únicos" y con poquísima variación, y como, por consiguiente, la atención queda relativamente desocupada, las ventajas obtenidas por cada una de las partes resultan de una perspicacia superior.

Para ser menos abstracto, supongamos un juego de damas donde las piezas quedan reducidas a cuatro reinas, y en el que no pueden tenerse distracciones. Es evidente que en este caso, estando los adversarios en completa igualdad de condiciones, la victoria sólo es decidida por un movimiento "calculado", que resulta de un esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos ordinarios, el analizador penetra en el espíritu de su contrincante, se identifica con él, y, con no poca frecuencia, descubre de una ojeada los únicos

procedimientos, a veces absurdamente sencillos, por los cuales puede inducirlo a error, o arrastrarlo a calcular equivocadamente.

El "whist" (juego de naipes) ha sido señalado siempre por su influencia en lo que se llama facultad analítica, y se ha visto a hombres con alto grado de inteligencia que han hallado en él, a primera vista, un deleite inexplicable, olvidando al ajedrez por superficial. Y no hay duda de que no existe otro juego que ejercite tanto la capacidad de análisis. El mejor jugador de ajedrez, puede llegar a ser, con el tiempo, poco más que el "mejor jugador de ajedrez". En tanto que la pericia del "whist" implica talento para el éxito en todas las empresas en que la inteligencia lucha con la inteligencia.

Al hablar de pericia, me refiero a la perfección en un debate que incluye una comprensión de todas las fuentes de donde pueda derivarse una ventaja legítima. Estas fuentes son multiformes, y residen en recónditos lugares del pensamiento, completamente inaccesibles para el entendimiento vulgar. Observar atentamente es recordar distintamente, y en cuanto a esto, el jugador de ajedrez lo hará muy bien en el "whist", ya que las reglas de Hoyle, basadas a su vez en el puro mecanismo del juego, son suficientemente comprensibles. Así, el poseer una buena memoria, y proceder según esas reglas, son puntos comúnmente considerados como el total cumplimiento de un buen jugador. Pero es en problemas que están fuera de los límites de las reglas donde se demuestra la agudeza del que analiza. Efectúa en silencio múltiples observaciones. Tal vez lo hacen también sus adversarios, pero la diferencia en lo extenso de la información obtenida no residirá tanto en la ilación como en la calidad de lo observado. Nuestro jugador no se circunscribe al juego en modo alguno, y deberá rechazar ciertas deducciones que se originan en cosas exteriores a éste. Examina la fisonomía de su compañero, y la compara con la de cada uno de los demás contrincantes. Considera el modo de distribuirse las cartas a cada mano, contando triunfo por triunfo y tanto por tanto, escrutando las ojeadas que dan, a cada uno de ellos, sus contendores. Nota cada variación en los rostros, a medida que el juego avanza, recogiendo gran cantidad de ideas a través de la divergencia en las expresiones, ya sean de sorpresa, de triunfo o desagrado, y por la manera de recoger una baza, juzga si la persona que la toma puede hacer otra después. Reconoce lo que se juega simuladamente por el gesto con que se echa la carta sobre la mesa. Una palabra inadvertida, la caída accidental de una carta, o el ademán de volverla casualmente, con ansiedad o descuido, para evitar que puedan verla: la duda, el entusiasmo o el temor, todo ello depara a su percepción indicaciones precisas. Una vez jugados los dos o tres primeros turnos, se halla en condiciones de tirar sus cartas con absoluta precisión, como si el resto de los jugadores tuvieran vueltas hacia él las caras de las suyas.

La facultad analítica no debe confundirse con mera ingeniosidad: no, ya que el analizador es necesariamente ingenioso, en cambio el hombre ingenioso a menudo es incapaz de análisis. La capacidad de combinación con que se manifiesta generalmente el ingenio, y a la cual los frenólogos, erróneamente en mi opinión, han asignado un órgano aparte, suponiendo que es una cualidad primordial, se ha visto con frecuencia en individuos que, por otra parte, bordeaban la idiotez. Esto ha llamado la atención en escritores especializados en dichos temas. En efecto, entre la ingeniosidad y el talento analítico existe una diferencia mucho mayor que entre el fantasear y la imaginación, aunque de caracteres

estrictamente análogos. En realidad puede comprobarse que el ingenioso es siempre fantástico, y el "verdadero" imaginativo no deja de ser nunca analítico.

La narración que sigue podrá servir, de cierta manera, al lector para ilustrarlo en una interpretación acerca de las enunciaciones que acabamos de anticipar.

Hallándome en París, durante la primavera y parte del verano de 18..., conocí a un señor llamado C. Auguste Dupin. Pertenecía este joven caballero a una excelente familia; es más, a una ilustre familia. Pero, por una serie de malhadados acontecimientos, había quedado reducido a tal pobreza, que sucumbió en ella la energía de su carácter, y renunció a sus ambiciones mundanas, así como a luchar por la restauración de su fortuna. Con el consentimiento de sus acreedores, pudo quedar todavía en posesión de un remanente de su patrimonio, y con la renta de éste logró arreglárselas, mediante una rigurosa economía, para procurarse lo más necesario para vivir. Los libros eran su único lujo, y en París los libros se obtienen fácilmente.

Nuestro primer encuentro acaeció en una oscura biblioteca de Montmartre, donde la coincidencia de andar ambos buscando un raro y notable volumen nos puso en estrecha intimidad. Nos vimos a menudo, y yo me interesé profundamente por su historia familiar, que él me contó minuciosamente, con el candor con que un francés da rienda suelta a sus confidencias cuando habla de sí mismo. Además me admiraba la amplitud de sus lecturas, y, sobre todo, mi alma se encendía con el vehemente ardor, y la viva frescura de su imaginación.

Debido a las investigaciones de que yo me ocupaba entonces en París, comprendía que la amistad de un hombre como aquel sería un tesoro inapreciable, y con esta idea me confié francamente en él. Por fin, convenimos que viviríamos juntos durante mi permanencia en la ciudad, y como mi situación económica era menos precaria que la suya, me fue permitido participar en los gastos del alquiler, y de los muebles que se adaptaron al carácter algo fantástico y melancólico de nuestro común temperamento. La casa, vetusta y abandonada hacía ya mucho tiempo por ciertas supersticiones que no quisimos averiguar, se bamboleaba como si fuera a hundirse en un desolado rincón del Faubourg Saint-Germain.

Si la rutina de nuestra vida en aquel sitio hubiera sido conocida por la gente, nos habrían tomado por locos. Nuestra reclusión era completa. No admitíamos visitantes. En realidad, el lugar de nuestro retiro fue cuidadosamente mantenido en secreto para mis antiguos camaradas, y hacía varios años que Dupin había dejado de conocer a alguien, o de ser conocido en París. Allí existíamos sólo el uno y el otro.

Una rareza de mi amigo ¿cómo podría calificarla de otro modo?, consistía en estar enamorado de la noche por ella misma, y con esta extravagancia, como con todas las demás que él tenía, condescendía tranquilamente. Me entregaba a sus singulares manías sin alterarme. La noche no podía habitar siempre con nosotros, pero podíamos falsificar su presencia. Al primer albor de la mañana, cerrábamos todos los postigos de la vieja casa, y encendíamos un par de velas, fuertemente perfumadas, que por eso mismo no daban más que un resplandor sumamente pálido y débil. Al amparo de aquella luz, ocupábamos nuestras almas en sueños, leyendo, escribiendo, o conversando, hasta que el reloj nos

anunciaba el advenimiento de la verdadera oscuridad. Entonces salíamos a pasear por las calles, vagabundeando hasta muy tarde, buscando entre las estafalarias luces y sombras de la populosa ciudad, la prodigiosa excitación mental que la serena meditación no lograba darnos.

En tales ocasiones, yo no podía menos que admirar el talento particularmente analítico de Dupin. Además él se deleitaba en ejercitarlo, y no vacilaba en confesar el placer que ello le causaba. Se jactaba conmigo, de que, para él, muchísimos hombres llevaban ventanas en sus pechos, y reforzaba tales afirmaciones con pruebas, directas y sorprendentes, de su íntimo conocimiento de mi persona. Sus maneras, en esos momentos, eran glaciales y abstraídas: sus ojos quedaban sin expresión: en tanto que su voz, ricamente atenorada, se elevaba hasta un tono atiplado, que hubiera sonado a petulancia, a no ser por la circumspecta claridad de su dicción. Observándolo en aquellas disposiciones de ánimo, yo reflexionaría acerca de la antigua filosofía del "alma doble", y me divertía imaginando un "doble Dupin": el "creador" y el "analizador".

No vaya a suponerse, por lo que acabo de decir, que estoy narrando algún misterio, o escribiendo una novela. Lo que he escrito acerca de mi amigo, no es más que el contenido de una inteligencia exaltada. Pero de la clase de sus observaciones, en esa época, un ejemplo dará mejor idea.

Una noche vagábamos por un calle larga y viejísima en las cercanías del Palais Royal. Como cada uno de nosotros, al parecer, iba enfrascado en sus propios pensamientos, hacía por lo menos quince minutos que no habíamos pronunciado ni una sílaba. De pronto, Dupin rompió el silencio:

—Mirándolo bien, ese muchacho es demasiado pequeño, y estaría mejor en el Teatro de Variedades...

—De eso no cabe duda —repliqué yo, sin reflexionar en lo que decía, y sin observar, en el primer instante, de qué modo extraordinario mi interlocutor coincidía con mis meditaciones. Un instante después me recobré, y mi asombro fue profundo—. Dupin —dije, gravemente—, esto excede a mi comprensión... Estoy perplejo, y apenas puedo dar crédito a lo que oí. ¿Cómo es posible que usted haya podido saber lo que yo estaba pensando?

Diciendo esto me interrumpí, para asegurarme de que realmente él sabía en quién pensaba.

—En Chantilly —contestó—. ¿Por qué se ha interrumpido? Usted pensaba que su diminuta figura lo inhabilita para la tragedia.

Ése era, precisamente, el tema de mis reflexiones. Chantilly es un exzapatero remendón de la calle Saint Denis, que se fascina con el teatro, y ha audicionado para el papel de Jerjes en la tragedia de Crebillón, pero sus esfuerzos no le han hecho ganar más que las burlas de la gente.

—Dígame, por Dios —exclamé—, ¿por qué método, si lo hay, ha logrado profundizar así en mi espíritu?

En verdad yo me hallaba mucho más sorprendido de lo que hubiera querido confesar.

—Ha sido el vendedor de frutas —respondió mi amigo—. Él lo indujo a usted a esa conclusión de que Chantilly no tiene la estatura necesaria para hacer un Jerjes ni ninguno parecido.

—¿El vendedor de frutas? ¡Me confunde usted, Dupin! Yo no conozco a ninguno...

—Sí, ese hombre con el que tropezamos hará unos quince minutos.

Entonces recordé que, en efecto, un vendedor de frutas, que llevaba en la cabeza una gran canasta de manzanas, estuvo a punto de derribarme cuando pasábamos de la calle C... al callejón donde estábamos ahora. Pero no alcanzaba a comprender qué tenía que ver aquello con Chantilly.

En Dupin no cabía ni la menor partícula de charlatanería.

—Voy a explicárselo —dijo—, y para que pueda recordarlo todo claramente, primero vamos a repasar en sentido inverso el curso de sus meditaciones; desde este momento, hasta el del "choque" con el vendedor de frutas. Los principales eslabones de la cadena se suceden "así" al revés: Chantilly, Orión, doctor Nichols, Epicuro, Estereotomía, las piedras de la calle, el vendedor de frutas...

Pocas son las personas que, en algún momento de su vida, no se hayan entretenido recorriendo, en sentido inverso, las etapas por las cuales han alcanzado determinadas conclusiones de su inteligencia. Es una ocupación interesante, y el que por primera vez la prueba, se queda pasmado ante la aparente distancia ilimitada, y la incoherencia que dan la sensación de mediar entre el punto de partida y la meta. Puede suponerse cuál sería mi asombro al escuchar lo que decía mi amigo. Pero no pudimos reconocer que decía la verdad. Dupin continuó de este modo:

—Si bien recuerdo, habíamos estado hablando sobre caballos en el momento en que salíamos de la calle C... Era el último tema que discutíamos. Cuando entramos en esta calle, un vendedor de frutas, con una canasta en la cabeza, pasó rápidamente, y lo empujó a usted contra un montón de adoquines en un sitio donde la calzada está en reparación. Usted puso el pie en uno de los adoquines sueltos, resbaló, se torció ligeramente un tobillo, y pareció malhumorado. Refunfuñó algunas palabras, se volvió para mirar el montón de adoquines, y luego siguió andando en silencio. No presté mucha atención a lo que usted hacía, pero la observación se ha convertido para mí, desde hace tiempo, en una especie de necesidad. Usted caminó, mirando el suelo, atendiendo con expresión de enojo a los hoyos del empedrado. Por lo que yo deducía, pensando aún en las piedras, hasta que llegamos al Pasaje Lamartine que ha sido pavimentado con tarugos sobrepuestos y remachados. Al entrar allí, su expresión se iluminó, y al mirar el movimiento de sus labios, supe que

pronunciaba la palabra "estereotomía", término que tan afectadamente se aplica a esa clase de pavimento. Yo sé que usted no puede pronunciar para sí esta palabra sin pensar en los átomos, y por lo tanto en las teorías de Epicuro. Y considerando que, cuando discutíamos acerca de ese tema, le hice notar de qué singular manera las vagas conjeturas de aquel griego han hallado confirmación en la reciente cosmogonía nebular, comprendí que levantaría sus ojos hacia la gran nebulosa de Orión. En efecto, ha mirado hacia arriba, y entonces he tenido la certeza de haber seguido correctamente las etapas de su pensamiento. Ahora bien, en la diatriba que se publicó ayer en el "Musée", aludiendo al pobre Chantilly, el crítico hizo algunas ofensivas alusiones al cambio de nombre del remendón al calzarse coturnos, y citó un verso latino del que nosotros hemos hablado a menudo: "Perdidit antiquum littera prima sonum" (la antigua palabra perdió su primera letra). Yo le había dicho que esto se refería a la palabra Orión, que primero fue Urión, y, por ciertas acaloradas discusiones que sostuvimos por esa interpretación mía, he tenido la seguridad de que no la había olvidado. Por lo tanto era lógico que no dejaría de asociar Orión con Chantilly. Que asociaba lo he comprendido por la clase de sonrisa que ha pasado por sus labios. Usted recordó aquella "inmolación" del pobre zapatero. Hasta ese momento caminaba inclinando el cuerpo, y repentinamente lo vi erguirse. Este gesto me ha dado la certeza de que usted meditaba en la diminuta figura de Chantilly. Y entonces fue cuando interrumpí sus pensamientos, para observar que, en efecto, por ser un sujeto demasiado bajo de estatura, Chantilly estaría mejor en el Teatro de Variedades.

No mucho tiempo después de esta conversación, estábamos revisando una edición de la tarde de la "Gazette des Tribunaux", cuando llamaron nuestra atención los siguientes párrafos:

"EXTRAÑOS ASESINATOS. Esta madrugada, alrededor de las tres, los habitantes del Quartier Saint-Roch fueron despertados por una serie de espantosos gritos, que salían del piso cuarto de una casa en calle Morgue, la cual estaba habitada únicamente por madame L'Españaye y su hija Camille L'Españaye. Al cabo de infructuosos intentos para poder entrar en la casa, de modo normal, hubo que forzar la puerta de entrada con una palanca de hierro, y entraron ocho o diez vecinos, acompañados de dos gendarmes. En aquel momento cesaron los gritos. Pero al llegar esas personas al rellano de la escalera, oyeron dos o más voces que parecían disputar airadamente, y procedían de la parte superior de la casa. Cuando subieron hasta el segundo piso, los rumores cesaron y todo permaneció en absoluto silencio. Las personas mencionadas recorrieron precipitadamente las habitaciones, y al entrar, por fin, en una vasta sala trasera del cuarto piso, cuya puerta también tuvieron que forzar por estar cerrada con llave por dentro, se hallaron ante un espectáculo que los sobrecogió de asombro y horror.

"La habitación estaba en completo desorden, y los muebles, rotos y esparcidos en diversas direcciones. No quedaba más lecho que el armazón de una cama: todo lo demás de ésta había sido arrancado y lanzado por el piso. Sobre una silla se encontró una navaja de afeitar manchada de sangre, y en la chimenea, dos o tres largas guedejas de cabellos humanos canosos, igualmente empapados de sangre, que parecían haber sido desprendidos de raíz. En el suelo se hallaron cuatro napoleones, un pendiente de topacio, tres grandes cucharas de plata, tres cucharillas de "metal d'Alger" y dos talegas que contenían aproximadamente cuatro mil francos en oro. Los cajones de una cómoda que se hallaba en un rincón estaban

abiertos y, al parecer, saqueados, aunque todavía quedaban algunos objetos. Debajo de la cama descubrieron un cofrecito de hierro, abierto, con la llave aún puesta en la cerradura. No contenía más que unas cartas antiguas y otros papeles de poca importancia.

"De madame L'Espanaye no se encontraba ningún rastro. Pero al advertir en el hogar una cantidad desusada de hollín, se examinó la chimenea, y... ¡da espanto decirlo! se extrajo de allí el cuerpo de su hija, cabeza abajo: había sido introducido en dicha posición por la estrecha abertura, hasta una altura considerable. Este cuerpo estaba todavía caliente, y mostraba numerosas excoriaciones, ocasionadas sin duda por la violencia con que fue embutido en aquel lugar, y el esfuerzo para extraerlo. En el rostro tenía innumerables arañazos, y, en la garganta, cárdenas magulladuras, y profundas heridas causadas por uñas, como si la muerta hubiera sido estrangulada.

"Después de un completo reconocimiento de todos los lugares de la casa, sin lograr nuevos descubrimientos, los presentes se dirigieron a un patiecillo enlosado, en la parte posterior del edificio. Aquí fue hallado el cadáver de la anciana, madame L'Espanaye, con la garganta rebanada de tal modo que, al intentar alzar el cuerpo, la cabeza se desprendió. El cuerpo se veía horriblemente mutilado, y conserva apenas su apariencia humana.

"Hasta ahora, que sepamos, no se ha logrado el menor indicio para aclarar este escalofriante misterio."

El diario del día siguiente daba estos pormenores adicionales:

"LA TRAGEDIA DE LA CALLE MORGUE. Gran número de personas han sido interrogadas acerca de este espantoso y extraordinario asunto, sin que se consiga nada que arroje alguna luz. A continuación ofrecemos todas las declaraciones más importantes que se han obtenido.

"Paulina Dubourg, lavandera, declara haber tratado a las víctimas durante tres años, por haber lavado para ellas todo ese tiempo. Dice que la anciana y su hija vivían en buenos términos, muy cariñosas la una para la otra. Pagaban puntualmente. No sabe mucho acerca de su manera de vivir o los medios para hacerlo. Cree que la señora profetizaba la buena ventura para ganar la subsistencia, y se comentaba que mantenía dinero oculto. Jamás halló a otras personas en la casa, cuando la llamaban para recoger la ropa o cuando iba a devolverla. No tenían muchos muebles, salvo en el cuarto piso.

"Pierre Moreau, dueño de una tabaquería, declara que habitualmente le vendía pequeñas cantidades de tabaco y de rapé a madame L'Espanaye: durante unos cuatro años. Él nació en su vecindad y siempre ha vivido allí. La señora y su hija hacía más de seis años que habitaban en la casa donde fueron encontrados sus cadáveres. Anteriormente estuvo ocupada por un joyero, que a su vez alquilaba las habitaciones inferiores a varias personas. La casa era de propiedad de madame L'Espanaye, quien, descontenta por los abusos de su inquilino, decidió desalojar a éste, y se trasladó a vivir allí. En adelante se negó a alquilar ninguna parte de la casa. A la hija, el testigo dice haberla visto no más de cinco o seis veces en total. Las dos mujeres hacían una vida excesivamente retirada. Se decía que tenían dinero, y escuchó, entre los vecinos, que madame L'Espanaye veía la suerte, pero él no lo

creía. No recuerda haber visto trasponer la puerta a ninguna persona, excepto a un mensajero una o dos veces, y ocho o diez a un médico.

"Muchos otros vecinos declaran lo mismo, y no se sabe de nadie que frecuentara la casa. Se ignora si la señora y su hija tenían familiares vivos. Los postigos de los balcones de la fachada raramente se abrían. Los de la parte de atrás siempre se mantuvieron cerrados, excepto las ventanas de la gran sala trasera del cuarto piso. La casa es un edificio bien tenido y no muy viejo.

"Isidore Musté, gendarme. Declara que fue llamado cerca de las tres de la madrugada, y halló a unas veinte o treinta personas, junto a la puerta principal, batallando por entrar. Él pudo forzar dicha puerta con una bayoneta, y no con una barra de hierro. No tuvo mayor dificultad en abrirla porque carecía de cerrojo o pasador en su parte de arriba y era de dos hojas. Los gritos fueron continuos hasta que la puerta fue abierta, y luego cesaron súbitamente. Parecían ser los alaridos de una persona, o personas, en estado de gran angustia; eran muy fuertes y prolongados, no cortos y rápidos. El testigo subió escaleras arriba, y llegando al primer rellano, oyó dos voces que gritaban y disputaban violentamente. Una de ellas era áspera, y la otra muy aguda, una voz muy extraña. Pudo distinguir algunas palabras de la primera, que era la de un francés. Positivamente no era voz de mujer. Las palabras eran "sacre" y "diable". La voz aguda pertenecía a un extranjero. No puede asegurar si era de hombre o de mujer, y tampoco logró percibir lo que decía, pero cree que hablaba en español. El estado de la casa y de los cadáveres fue descrito por el testigo tal como lo describimos nosotros ayer.

"Henri Duval, de oficio platero. Da testimonio de que él formó parte del grupo que entró en la casa. Corroborá, en general, las declaraciones de Musté. En cuanto se abrieron paso forzando la puerta, volvieron a cerrarla para contener a la muchedumbre que se había agolpado, a pesar de ser tan tarde. El testigo piensa que la voz aguda era la de un italiano. De lo que está convencido es que no era la de un francés. No podría asegurar que la voz era de un hombre; bien podía ser la de una mujer. No conoce la lengua italiana, así es que no logró distinguir las palabras, pero por la "entonación" le parece que ese idioma es italiano. Conocía a la señora L'Espanaye. Había conversado con ella y con su hija frecuentemente, y sostiene que la voz aguda no pertenecía a ninguna de las dos víctimas.

"Odenheimer, encargado de una fonda. Este testigo se ofreció voluntariamente a declarar. Como no habla francés, necesitó de un intérprete. Es natural de Amsterdam. Pasaba por delante de la casa en el instante de los gritos. Se detuvo unos minutos, probablemente diez. Los gritos eran fuertes y prolongados, causaban espanto y angustia. Corroborá el testimonio anterior en todos sus detalles, excepto uno: la voz aguda era la de un francés. Aunque no pudo entender las palabras, las describe como rápidas, desiguales, dichas al parecer con una mezcla de ira y miedo. La voz no le pareció tan alta como áspera. En realidad no puede afirmar que fuera una voz verdaderamente de timbre agudo. La voz grave decía repetidamente "sacré, diable", y una vez reconoció las palabras "mon Dieu".

"Jules Mignaud, Banquero de la casa Mignaud et Fils, calle Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. Manifiesta que la señora L'Espanaye poseía cierto capital, y había abierto una cuenta en su Banco ocho años atrás. Depositó con frecuencia pequeñas cantidades. No

retiró nada hasta tres días antes de su muerte. Entonces sacó personalmente la suma de cuatro mil francos. Dicha cantidad le fue entregada en oro, y se encargó a un dependiente que se la llevara a su casa.

"Adolphe le Bon, dependiente del Banco Mignaud et Fils. Declara que, hacia el mediodía, tres días antes de que ocurrieran los hechos, acompañó a madame L'Españay hasta su domicilio, llevando los cuatro mil francos guardados en dos talegas. Cuando se abrió la puerta, se presentó mademoiselle L'Españay, quien cogió una de las talegas, mientras la anciana lo aligeraba de la otra. Él se limitó a saludar y a marcharse. No vio a ninguna persona en la calle en esos momentos. La calle es muy solitaria.

"William Bird, sastre. Atestigua que fue uno de los que entró en la casa. Es inglés y ha vivido en París dos años. Fue de los primeros que subieron las escaleras. Percibió las voces que disputaban. La voz gruesa era la de un francés. Pudo captar algunas palabras, aunque ahora no puede recordarlas todas. Oyó "sacré" y "mon Dieu". Durante un momento se produjo un rumor, como si pelearan varias personas, un ruido de riña y forcejeo. La voz aguda resonaba más que la grave. Está seguro de que no era la de un inglés. Le pareció más bien la de un alemán. Sostiene que podría haber sido una voz de mujer. Él no entiende el idioma alemán.

"Cuatro de los testigos mencionados, al ser interrogados nuevamente, declararon que la puerta de la habitación en que hallaron el cuerpo de la señorita L'Españay estaba cerrada por dentro cuando llegaron al lugar. Todo se encontraba en absoluto silencio; ni gemidos, ni ruidos de ninguna clase. Al forzar la puerta no se vio a nadie. Las ventanas, tanto de la parte posterior como de la fachada, se hallaban aseguradas por dentro con sus cerrojos. Una puerta de comunicación entre las dos salas estaba igualmente cerrada pero no con llave. La puerta que conducía de la habitación delantera al pasillo, tenía llave por dentro. Una salita del cuarto piso se veía con la puerta entornada. En esta salita se amontonaban camas viejas, cofres, y otros objetos en desuso. Éstos fueron cuidadosamente examinados. No quedó ni una pulgada, de ningún sitio de la casa, que no fuera registrado minuciosamente. Se mandó introducir deshollinadores por la chimenea, por arriba y abajo. La casa consta de cuatro pisos con buhardillas. Una puertecita de escotilla en el techo estaba firmemente clavada, demostrando no haber sido utilizada en muchos años. En cuanto al tiempo que transcurrió, entre que se oyeron las voces que disputaban y forzar la puerta, difieren las opiniones. Algunos lo reducen a tres minutos y otros lo alargan a cinco. Costó mucho abrir dicha puerta.

"Alfonso Garcio, empresario de pompas fúnebres. Declara que reside en la calle Morgue, y es natural de España. Formó parte del grupo que penetró en la casa, pero no subió las escaleras. Es muy nervioso, y temió los efectos de las emociones. Escuchó las voces que disputaban. La voz grave era la de un francés. No pudo distinguir lo que decía. La voz aguda pertenecía a un inglés, de eso está seguro. Aunque no entiende la lengua inglesa, reconoce el acento.

"Alberto Montani, confitero. Fue uno de los que primero subió la escalera. Oyó las voces en referencia. La voz grave era de un francés. Distinguió varias palabras. Ese individuo reconvenía al otro. No consiguió entender lo que decía la voz aguda. Hablaba rápida y

entrecortadamente: piensa que correspondía a un ruso, pese a que él es italiano y jamás ha conversado con un ruso.

"Otros testigos, interrogados nuevamente, certifican que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso son demasiado estrechas para permitir el paso de un ser humano. Cuando se habló de deshollinadores, la referencia era a las escobillas cilíndricas que utilizan los que limpian chimeneas. Estas escobillas fueron agitadas arriba y abajo por todos los cañones de la casa. En la parte trasera del edificio no hay ninguna salida por donde alguien haya podido bajar mientras el grupo subía las escaleras. El cuerpo de mademoiselle L'Españaye estaba embutido con tanta fuerza y violencia en la chimenea, que para sacarlo fue necesaria la cooperación de cinco de los presentes.

"Paul Dumas, médico. Declara que, hacia el amanecer, fue llamado para examinar los cadáveres. Yacían ambos sobre el armazón de la cama, en la habitación donde fue encontrada la señorita L'Españaye. El cuerpo de la joven estaba muy lastimado y lleno de excoriaciones. Esto se explica por haber sido empujado hacia arriba en la chimenea. Presentaba desgarrones profundos debajo de la barbilla, junto con una serie de manchas lívidas, que, evidentemente, eran las impresiones de unos dedos. El rostro se encontraba descolorido, y los globos de los ojos fuera de sus órbitas. La lengua había sido mordida y parcialmente seccionada. Sobre el estómago existían las huellas de lo que, al parecer y antes de profundizar la investigación, había sido causado por la presión brutal de una rodilla. El médico Dumas sostiene que la señorita fue estrangulada. El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado. Los huesos del brazo y de la pierna derecha se habían quebrado. La tibia izquierda fue convertida en astillas, lo mismo que las costillas del mismo lado. El cuerpo íntegro se mostraba maltratado y descolorido. No es posible aún explicar cómo fueron causadas aquellas heridas. El arma pudo ser un pesado garrote de madera, o una gruesa barra de hierro: alguna herramienta ancha, contundente y roma, debió producir semejantes resultados, al ser esgrimida por un hombre tremendamente forzado. Ninguna mujer habría sido capaz de asestar aquellos golpes, con arma alguna. La cabeza de la difunta, cuando la reconoció el testigo, se hallaba enteramente separada del cuerpo, y también muy destrozada. Evidentemente la garganta había sido cortada con un instrumento muy afilado, posiblemente con una navaja de afeitar.

"Alexandre Etienne, cirujano. Fue llamado junto con Dumas para examinar los cadáveres. Corroboró la declaración y las opiniones de Paul Dumas.

"No se han obtenido pormenores más importantes, aunque se ha interrogado a muchas personas. Un crimen tan misterioso, y tan intrincado, jamás se había cometido en París. La policía no tiene ningún rastro: rara circunstancia en asuntos de tal naturaleza. En realidad, no existe ni la sombra de la menor pista."

La edición de la tarde del mismo periódico, afirma que reina todavía mucha excitación en el Quartier Saint-Roch, y que las circunstancias del crimen han sido detalladamente investigadas de nuevo, e interrogados otra vez los testigos; todo sin resultado. No obstante, una noticia de última hora anunció que Adolphe Le Bon se halla detenido y encarcelado, aunque no acusado de ninguno de los hechos ya expuestos.

Mi amigo Dupin parecía especialmente interesado en el curso de aquel asunto. O yo lo deducía de su conducta, porque él no emitía ningún comentario.

Sólo después de que fue anunciada la encarcelación de Le Bon, me preguntó qué opinaba acerca de esos asesinatos.

Le manifesté que concordaba con todo París, al considerar que aquello era un misterio insoluble. No vislumbraba fórmula alguna para dar con el asesino.

—No podemos pensar en la manera de hallarlo a través de esos interrogatorios tan superficiales —dijo Dupin—. La Policía de París, tan alabada por su perspicacia, es apenas astuta. En sus diligencias no disponen de otro método sino del que sugieren las circunstancias. Hacen gran ostentación de buenas disposiciones, pero con frecuencia se adaptan tan mal a los fines que se han propuesto, que induce a invocar a monsieur Jourdain cuando exige su bata "para oír mejor la música". Es cierto que los resultados que obtienen no dejan de ser a veces sorprendentes; sin embargo, en su mayoría, son alcanzados por mera insistencia, y cuando este método resulta ineficaz, todos sus planes fallan. Vidocq, por ejemplo, era un magnífico "adivinator" y hombre muy perseverante, pero como no tenía educada la inteligencia a menudo se desencaminaba, por la misma intensidad de sus investigaciones. Menoscababa su visión por mirar el objeto tan de cerca. Era capaz de observar una o dos circunstancias con inusitada claridad, pero al hacerlo, invariablemente perdía el enfoque total del problema. Puede decirse que ése es el defecto de ser demasiado profundo. Las variedades y orígenes de este error, tienen un buen ejemplo en la contemplación de los cuerpos celestes. Mirar una estrella por ojeadas, examinándola de soslayo, volviendo hacia ella las partes exteriores de la retina que son más sensibles a las débiles impresiones de la luz que las interiores, equivale a contemplar la estrella distintamente, y obtener la mejor apreciación de su brillo; un brillo que se va opacando a medida que volvemos de lleno nuestra mirada hacia ella. En realidad caen en los ojos mayor número de rayos en el último caso, pero en el primero se consigue una receptibilidad más fina. Examinando con una profundidad indebida, podemos enredar y debilitar el pensamiento, y hacer que hasta Venus se desvanezca en el cielo por culpa de una mirada escrutadora demasiado sostenida, concentrada o directa. En cuanto a esos asesinatos, vamos a iniciar algunas investigaciones por nuestra cuenta, antes de formarnos una opinión con respecto a ellos. Esta indagación nos procurará un buen pasatiempo. Visitaremos el lugar del suceso. Conozco al Prefecto de Policía, y no me será difícil obtener el permiso necesario.

Conseguimos ese permiso y fuimos enseguida a la calle Morgue. Es una de esas callejuelas que cruzan por entre la calle Richelieu y la de Saint-Roch. Eran las últimas horas de la tarde cuando llegamos allí. No nos costó dar con la casa, ya que aún había muchas personas observando las ventanas cerradas, con una vana curiosidad. Era un edificio como tantos en París, con una puerta principal, y a un costado una caseta de cristal con una ventanilla de bastidor corredizo para la portera. Antes de entrar subimos calle arriba, doblamos por un callejón, y luego, doblando otra vez, llegamos a la parte posterior del edificio, mientras Dupin examinaba todos los alrededores y la casa, con una minuciosidad cuyos fines no podía comprender.

Después nos volvimos por donde habíamos venido, hasta la fachada del edificio. Llamamos, mostramos nuestros permisos, y los agentes de guardia nos dejaron pasar sin objeciones. Nos dirigimos a la habitación donde habían encontrado el cuerpo de mademoiselle L'Españaye, y en la que aún yacían los cadáveres de las dos mujeres. El desorden en esta sala se hallaba intacto, y Dupin lo fue escrudiñando todo, sin olvidar los cuerpos de las víctimas. En seguida pasamos a las otras habitaciones y al patio. Un gendarme nos acompañó a los diferentes lugares. Aquella investigación nos ocupó hasta el anochecer.

He dicho que las rarezas de mi amigo eran diversas. Así, rehusó hablar del asesinato hasta el siguiente mediodía. Entonces, súbitamente, me preguntó si había observado algo particular en el escenario del crimen.

La manera cómo recalcó la palabra "particular" me hizo estremecer sin saber por qué.

—No, nada de particular —contesté—. Por lo menos no más de lo que ambos leímos en el diario...

—Me temo que "La Gazette" no ha penetrado en el horror inusitado del asunto —replicó él—. Yo pienso que si ese misterio parece insoluble es por la misma razón por la que debería ser muy fácil de resolver: me refiero al carácter desmesurado de cuanto lo rodea. La policía está confundida por la aparente falta de motivación, y no por las posibles causas de la atrocidad del asesinato; está confundida ante la imposibilidad de conciliar esas voces que se oyeron arriba, y no haber encontrado allí más que el cuerpo de mademoiselle L'Españaye; por no vislumbrar la forma de que alguien haya abandonado el cuarto piso, sin que le viesen las personas que subían por las escaleras. El impresionante desorden de la habitación, el cadáver introducido con la cabeza abajo en la chimenea, la espantosa mutilación del cuerpo de la anciana, y otras consideraciones ya mencionadas, han bastado para que se paralicen sus facultades, haciendo fracasar por completo la tan pregonada perspicacia de los agentes del gobierno. Han caído en el común y gran error de confundir lo imprevisto con lo abstruso. Pero, precisamente, por apartarse de lo común es por dónde la razón tendría que hallar su camino para investigar la verdad. En indagaciones como la que ahora estamos efectuando, no tenemos sólo que preguntar qué ha ocurrido, sino qué ha ocurrido que no haya pasado jamás hasta ahora. La facilidad con que yo he llegado a la solución de este enigma, va en razón directa con su aparente insolubilidad a los ojos de la policía.

Con mucho asombro clavé la mirada en los ojos de mi interlocutor.

—Ahora espero —continuó diciendo, mientras observaba la puerta de nuestra habitación—, estoy esperando a una persona que, aun cuando no haya sido quien perpetró esta carnicería, bien podría estar complicada, en cierta medida, con el hecho. De la peor parte de estos crímenes, es posible que resulte inocente. Espero no equivocarme en esta suposición, porque en ella fundó mi esperanza de descifrar la verdad. Aguardo a un hombre aquí, en esta habitación, de un momento a otro; también es posible que no venga, aunque lo más probable es que lo haga. Si viene hay que retenerlo. Tenemos pistolas, y ambos sabemos para que sirven.

Cogí una pistola, sin entender bien lo que hacía, ni creer lo que escuchaba, mientras Dupin seguía conversando, en soliloquio. Ya he hablado de sus maneras abstraídas en semejantes momentos. Sus palabras se dirigían a mí, aunque su voz, no muy alta, ofrecía la entonación comúnmente empleada al hablar con alguien que se halla muy distante. Sus ojos, inexpresivos, miraban a la pared.

—Está completamente demostrado que en esa reyerta que escucharon los que subían por la escalera, las voces no correspondían a las de las mujeres asesinadas —dijo—. Esto descarta cualquiera duda acerca de si la anciana pudo dar muerte a su hija y suicidarse después. Hablo de este punto sólo por obediencia a un método, ya que las fuerzas de madame L'Españaye eran totalmente insuficientes para arrastrar chimenea arriba el cadáver de la joven. Y por las heridas de su propio cuerpo, queda básicamente excluida la idea de suicidio. Por lo tanto, está claro que los asesinatos fueron cometidos por terceras personas, y que son las voces de esas personas las que se oyeron discutir.

Lo observé sin encontrar objeción alguna.

—Permítame ahora —prosiguió—, hacer hincapié no en lo que se ha declarado acerca de esas voces, sino en lo que hay de particular en dichas declaraciones. ¿Ha observado usted en ellas algo especial?

—Sí, noté que mientras todos los testigos coincidían en que la voz grave era la de un francés, hubo mucho desacuerdo en cuanto a la voz aguda.

—Eso es la evidencia misma —dijo Dupin—, pero no la peculiaridad de dicha evidencia. Usted no ha percibido nada característico, y, sin embargo, "algo" había que percibir. Los testigos, como se ha dicho, estuvieron de acuerdo en cuanto a la voz grave. Pero en lo que se refiere a la voz aguda, la particularidad consiste "no en el desacuerdo", sino en que un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés han intentado describirla, y cada uno la menciona como "la voz de un extranjero". Cada uno está seguro de que no era la voz de un compatriota suyo, y la compara con la de un individuo proveniente de alguna nación cuyo lenguaje desconoce. El francés supone que era la voz de un español; el holandés sostiene que fue la de un francés, aunque "por desconocer el idioma, el testigo fue interrogado por medio de un intérprete"; el inglés piensa que se trataba de un alemán, pese a que "no entiende alemán"; el español asegura que era un inglés, juzgando únicamente por el acento, porque "no entiende la lengua inglesa"; el italiano opina que fue la voz de un ruso, pero jamás ha conversado con un ruso; un segundo francés difiere del primero, y sostiene que aquella voz era la de un italiano. ¡Qué inusitada ha de ser realmente esa voz, para que puedan darse estos testimonios tan contradictorios! Ciudadanos de las cinco grandes divisiones de Europa, no reconocen nada que les sea familiar en sus inflexiones. Usted dirá que también puede ser la voz de un asiático o de un africano. A pesar de que ni los asiáticos ni los africanos abundan en París, no niego esa posibilidad, pero me interesa llamar su atención sobre tres puntos: aquella voz es descrita por uno de los testigos como "más áspera que aguda", y otros la definen como "rápida y desigual". No hubo palabras, no existieron sonidos que se parecieran a palabras distinguibles, como en el caso de la voz grave. Yo no sé qué impresión he causado en el entendimiento de usted —prosiguió Dupin—, pero creo que las legítimas deducciones hechas sólo con esta parte de los

levantar el bastidor. Volví a colocar el clavo y lo observé atentamente. Si una persona hubiese pasado por delante de la ventana y la hubiera vuelto a cerrar, el resorte habría funcionado solo, sin embargo no podría haber colocado nuevamente el clavo. El campo de mis investigaciones se estrechaba aun más: los asesinos habían escapado por la otra ventana. Suponiendo que los resortes de ambos bastidores fuesen iguales, lo que era probable, debía existir alguna diferencia entre los clavos, o por lo menos entre la forma de clavarlos. Me trepé al armazón de la cama, y examiné prolijamente, por encima de su cabecera, la segunda ventana. Pasando la mano por la tabla, descubrí y apreté el resorte, que, tal como sospechaba, tenía la misma forma que su vecino. Observé bien su clavo, que era tan grueso como el otro, y aparentemente se hallaba clavado de idéntica manera: hundido casi hasta la cabeza. Si usted supone que me quedé perplejo, no ha comprendido la naturaleza de estas deducciones. He rastreado el secreto hasta su consecuencia final, y esa consecuencia es "el clavo". Dije que tenía la apariencia de su compañero de la otra ventana, pero esto no era tan decisivo si se considera que en aquel punto se acababa toda mi pista. Debe haber un defecto en ese clavo, pensé. Lo toqué, y su cabeza, con casi un cuarto de pulgada de su espiga, se me quedó entre los dedos; el resto de la espiga seguía en el orificio barrenado. Esta espiga era muy antigua, sus bordes se encontraban impregnados de herrumbre, y era fácil comprender que el clavo había sido arreglado de un martillazo que hundió una porción de la cabeza en la superficie del bastidor. Coloqué otra vez aquella parte en el sitio de donde la había separado, y su similitud con un clavo perfecto fue completa: la fisura era invisible. Luego presioné el resorte, levanté suavemente el bastidor una pulgada, y la cabeza de clavo subió junto con éste, quedando la otra parte en su agujero. Bajé el bastidor, cerrando la ventana, y la apariencia del clavo entero fue otra vez perfecta.

Lo contemplé admirado.

—El enigma, hasta aquí —continuó Dupin—, ya estaba resuelto. El asesino se fugó por la ventana que da por sobre la cama. Luego de salir por allí, al bajar esta ventana por sí sola, quedó sujeta por el resorte, y es la sujeción de ese resorte la que ha engañado a la policía: la policía piensa que está inmovilizada por el clavo. El problema siguiente es cómo bajó el asesino. A unos cinco pies y medio de la ventana en cuestión, pasa una cadena de pararrayos. Por esa cadena resultaría absurdo que alguien llegara a la ventana. No obstante, comprobé que los postigos del cuarto piso eran de un tipo particular, llamados "ferrades" por los carpinteros franceses: un estilo raramente usado hoy, y que se ve con frecuencia en las casas antiguas de Lyon y Burdeos. Tiene la forma corriente de una puerta de una sola hoja, y la mitad superior es enrejada, o trabajada a manera de celosía, por lo cual ofrece un excelente agarradero para las manos. En el presente caso, esos postigos tienen un ancho de tres pies y medio. Cuando los vimos desde la parte trasera de la casa, estaban los dos abiertos casi hasta la mitad, formando ángulo recto con la pared. Es muy posible que la policía haya examinado la parte trasera del edificio, y si lo ha hecho, al mirar aquellos "ferrades" no ha reparado en su gran anchura: no le ha dado la debida importancia. En realidad, cuando se convencieron de que la fuga no podía efectuarse por ese lado, no le concedieron sino un examen superficial. Para mí, en cambio, era muy claro que el postigo de la ventana, en la cabecera de la cama, si se abría totalmente, llegaría a unos dos pies de la cadena del pararrayos. También era evidente que con un valor y una agilidad extraordinarias, era factible entrar en esa habitación, por esa ventana, utilizando la cadena.

Al alcanzar esa distancia de dos pies y medio, suponiendo que el postigo estuviese completamente abierto, un ladrón podía conseguir un asidero muy firme en la celosía. Soltando, luego, su sostén en la cadena, con los pies bien apoyados en la pared, y saltando atrevidamente habría impelido al postigo, haciendo que se cerrara, y también, suponiendo que hubiera encontrado la ventana abierta, hubiese ido a parar al interior de la habitación. Tenga presente que he hablado de una agilidad extraordinaria, indispensable para el éxito de una empresa tan arriesgada y dificultosa. Si usamos el lenguaje de la ley, usted me dirá que más bien debería depreciar la agilidad requerida en el caso, que insistir en valorarla, pero eso no corresponde al oficio de la razón. Mi finalidad consiste únicamente en hallar la verdad, y mi propósito inmediato es inducirlo a usted a que haga un parangón entre esa sobrenatural agilidad, y la voz peculiarísima, aguda, áspera, desigual, acerca de cuya nacionalidad no hay dos personas de acuerdo, y en cuya pronunciación no es posible descubrir silabeo alguno.

Al escuchar aquellas palabras, comencé a formarme una vaga idea de lo que pensaba Dupin. Me parecía estar al borde del entendimiento, sin que pudiera entender todavía. Mi amigo continuó su razonamiento:

—Usted habrá comprendido —dijo—, que he llevado el problema del modo de salida al de entrada, y sugiero que ambas fueron efectuadas de igual manera y por un mismo sitio. Volvamos ahora al interior de la habitación. Se ha dicho que los cajones de la cómoda fueron saqueados aunque han quedado algunas prendas de vestir. La conclusión es absurda. ¿Cómo sabemos que los objetos hallados no eran todo lo que los cajones contenían? La señora y la señorita L'Españay hacían una vida muy apartada, y salían raramente: tenían pocos motivos para muchos cambios de ropas. Y si algún ladrón hubiera robado algo ¿por qué no robar lo mejor? ¿Por qué no llevárselo todo? En pocas palabras: ¿un ladrón habría dejado cuatro mil francos en oro, para cargar con un atado de ropa blanca? El oro fue abandonado. La cantidad mencionada por monsieur Mignaud, el banquero, fue hallada en las dos talegas, sobre el piso. Por lo tanto, sería conveniente descartar la desatinada idea, engendrada por los cerebros de la policía, de un motivo relacionado con ese dinero. Pero, debido a las circunstancias del caso, si aceptamos que el oro no ha sido la finalidad del crimen, también debemos aceptar que quien lo cometió fue tan vacilante y tan estúpido que no sólo olvidó el oro sino el objetivo del delito. Fijémonos ahora en otros detalles que nos muestran el vigor maravilloso del asesino. En la chimenea había unas espesas guedejas de canosos cabellos humanos. Habían sido arrancados con sus raíces. ¿Usted sabe qué fuerza es necesaria para arrancar de la cabeza sólo veinte o treinta cabellos juntos? Ha visto aquellas guedejas tan bien como yo... ¡horrendo espectáculo! Sus raíces estaban grumosas de fragmentos de carne del cuero cabelludo, prueba de la fuerza prodigiosa que ha sido menester para arrancar tal vez un millón de cabellos al mismo tiempo. La garganta de la anciana no sólo estaba cortada, sino que la cabeza fue separada del cuerpo, y el instrumento para ello fue sólo una navaja de afeitar. ¡De las heridas en el cuerpo de madame L'Españay no vale la pena ni hablar! Monsieur Dumas y su digno auxiliar monsieur Etienne, han declarado que fueron causadas por un instrumento contundente, y en esto han acertado: el instrumento fue, sin duda alguna, el pavimento de piedra del patio, sobre el que la víctima cayó desde la ventana. Este hecho, por sencillo que ahora parezca, escapó a la policía, por la misma causa que su comprensión quedó herméticamente sellada para la posibilidad de que las ventanas hubiesen podido ser abiertas. Si por añadidura a estas cosas, ha

reflexionado usted adecuadamente acerca del extraño desorden de la habitación, ya hemos podido llegar a la etapa de combinar las siguientes ideas: agilidad pasmosa, una fuerza sobrehumana, una ferocidad brutal, una carnicería sin motivo, una "grotesquería" dentro de lo horrible, absolutamente ajena a la naturaleza de un ser humano, y una voz extranjera por su acento para los oídos de hombres de varias naciones, y desprovista de todo silabeo distinguible o inteligible. ¿Qué resulta de todo esto? ¿Qué impresión le causa en su imaginación?

Sentí escalofrío cuando Dupin me hizo aquellas preguntas.

—Un loco dije—. Ese crimen lo ha cometido algún demente furioso que se ha escapado de una Casa de Orates vecina.

—En algunos aspectos, su idea no es desacertada —me respondió—. Pero las voces de los enajenados, hasta en sus más feroces paroxismos, no llegan a parecerse a la voz oída desde las escaleras. Los locos pertenecen a determinados países, y su lenguaje, aunque sea incoherente en sus palabras, tiene siempre la coherencia de su silabeo. Además, el cabello de un loco no se asemeja al que yo tengo en la mano. He desenredado este mechón que retenían los dedos rigidamente crispados de madame L'Españaye. Dígame qué puede deducir de "esto".

—¡Dupin! —exclamé—. ¡Ese cabello no es humano!

—Yo no he dicho que lo sea —me contestó—. Pero antes de que decidamos acerca de este punto, le ruego que examine el pequeño esbozo que he dibujado en este papel. Es un facsímil sacado de lo que una parte de los testigos describe como "cárdenas magulladuras y profundas heridas causadas por uñas" en el cuello de mademoiselle L'Españaye, y los señores Dumas y Etienne, como "serie de manchas lívidas, impresiones evidentes de unos dedos". Usted comprenderá —continuó mi amigo, desplegando el papel sobre la mesa—, que este dibujo muestra una presión firme y poderosa. No hay aquí "deslizamiento" visible. Cada dedo ha mantenido, posiblemente hasta la muerte de la víctima, la ferocidad con que se hundió en el primer instante. Pruebe usted ahora a colocar todos sus dedos a la vez en las respectivas impresiones.

En vano lo intenté.

—El papel se halla extendido sobre una superficie plana, y la garganta es cilíndrica —argumentó Dupin—. Aquí tenemos un trozo de leña, cuya circunferencia es aproximadamente la de la garganta. Enrolle el dibujo en él, y pruebe otra vez el experimento.

Así lo hice, y la dificultad fue aún más evidente.

—Tampoco éstas —dije—, son huellas de dedos humanos.

—Ahora lea —prosiguió Dupin—, este pasaje de Cuvier.

Era una descripción anatómica, minuciosa y general, del gran orangután fulvo de las islas de la India Oriental. La estatura gigantesca, la fuerza y la actividad prodigiosa, la salvaje ferocidad y las tendencias imitadoras de estos mamíferos, son hartamente conocidas en todo el mundo. Inmediatamente comprendí los horrores de aquellos asesinatos.

—La descripción de los dedos está completamente de acuerdo con este dibujo —aseguré cuando acabé de leer—. No hay otro orangután, sino el de la especie aquí mencionada, que pueda haber marcado heridas como las que usted ha dibujado. Ese mechón de pelo también es idéntico al del animal descrito por Cuvier. Pero aún no veo modo de comprender las circunstancias en que se produjo este espantoso asunto. Además, se oyeron disputar dos voces, y una de ellas era indiscutiblemente la de un francés.

—Es cierto, y usted recordará una expresión atribuida casi unánimemente, por los testigos, a esa voz. La expresión "mon Dieu" la cual, en aquellos instantes, fue definida por el testigo Montani, como expresión de reconvención. En esa voz, yo he fundado mis esperanzas de una completa solución del enigma. Hay un francés conocedor del asesinato. Y es posible, mucho más que probable, que él sea inocente de toda participación en los hechos sangrientos que han ocurrido. El orangután puede habersele escapado, y él ha seguido el rastro hasta aquella habitación. Pero en medio de las agitadas circunstancias que se produjeron, puede que no lo haya logrado recapturar. El animal anda todavía suelto.

—¿Cree eso? —indagué.

—En realidad no me propongo continuar con estas conjeturas, porque las luces de reflexión en que se fundan alcanzan apenas la suficiente profundidad para ser apreciables para mi propia inteligencia, y no pretendo hacerlas inteligibles para la comprensión de otra persona. Si el francés en cuestión es, como yo supongo, inocente de estas atrocidades, este anuncio, que yo dejé en las oficinas de "Le Monde", que como usted sabe es un periódico dedicado a los asuntos marítimos, nos lo traerá a nuestro domicilio.

Me presentó el periódico, y leí lo siguiente:

"CAPTURA: En el Bois de Boulogne se ha encontrado un enorme orangután de la especie de Borneo. Su propietario, quien se sabe que es un marinero, perteneciente a un navío maltés, podrá recuperar al animal, dando satisfactoria identificación de él, y pagando algunos pequeños gastos ocasionados por su captura y manutención. Dirigirse al N°... calle... Faubourg Saint-Germain, Tercero."

—Yo no lo conozco —añadió Dupin—. No estoy seguro de su existencia. Pero aquí tengo el pedacito de un lazo que, por su forma y su aspecto grasiento, ha sido usado para anudar los cabellos en forma de esas coletas a las que son tan aficionados los marineros. Este lazo es uno de los que muy pocas personas saben anudar, y es una peculiaridad de los malteses. Recogí esta cinta al pie de la cadena del pararrayos, y no podía pertenecer a ninguna de las dos víctimas. En todo caso, si me he equivocado en mis deducciones, al pensar que el francés es un marino perteneciente a un navío maltés, no habré causado ningún daño a nadie con este anuncio. Y si he acertado, habremos ganado un punto muy importante. Aunque inocente, en autos del crimen, ese hombre vacilará en responder o no al anuncio, y

entre si debe o no debe reclamar al orangután. Razonará de este modo: "Soy inocente, soy pobre, y mi orangután vale mucho dinero: un verdadero caudal para alguien que se halla en mi situación. ¿Por qué debo perderlo por vanas aprensiones? Fue encontrado en el Bois de Boulogne, a gran distancia de la casa de la calle Morgue... ¿Y cómo podría suponerse que un animal haya cometido semejante acción? La policía está despistada: no ha podido ofrecer el menor indicio. Hasta en el caso de que sospechen del orangután, sería imposible demostrar que yo sé del crimen, ni enredarme en culpabilidad alguna. Y además, me "conocen". Quién publicó el aviso me señala como poseedor del animal. Ignoro hasta dónde se extiende este conocimiento, pero... si evito reclamar una propiedad de tanto valor, que se sabe que es mía, despertaré sospechas. Contestaré el anuncio, es lo mejor. Recuperaré mi orangután y lo mantendré encerrado hasta que se disipe este desagradable asunto".

En aquel momento oímos unos pasos en la escalera.

—Prepárese usted —dijo Dupin—. Tome sus pistolas, pero no haga uso de ellas, ni la muestre, hasta que yo le haga una señal.

Habíamos dejado abierta la puerta principal de la casa, y el visitante había entrado sin llamar. Sin embargo, ahora parecía vacilar. Oímos que bajaba. Dupin fue rápidamente a la puerta, y lo escuchamos subir otra vez. Ahora ya no se volvía atrás, sino que subía decididamente. Llamó a la puerta de nuestra habitación.

—Adelante —respondió Dupin, con voz alegre y satisfecha.

El hombre que entró era, sin lugar a dudas, un marinero. Alto, fornido, musculoso, con cierta expresión de arrogancia no del todo antipática. Su rostro, muy atezado, tenía más de la mitad oculta tras las patillas y el bigote. Traía un grueso garrote de roble, y no parecía llevar otras armas. Saludó inclinándose desmañadamente, y nos dijo un "buenos días" con acento francés, que, pese a un dejo suizo, daba a conocer su origen parisiense.

—Siéntese, amigo —invitó Dupin—. Supongo que viene a reclamar su orangután. Le doy mi palabra de que se lo envidio. ¡Hermoso animal, y de mucho precio! ¿Qué edad le atribuye?

El marinero dio un largo suspiro, como quién se quita un gran peso de encima, y luego contestó con voz segura.

—No podrá tener más de cuatro o cinco años. ¿Lo tiene usted aquí?

—¡Oh, no! Éste no es lugar para guardarlo. Está en una cuadra que alquilamos en la calle Dubourg. Podrá recuperarlo mañana temprano. ¿Viene preparado para demostrar su propiedad?

—Sin duda alguna, señor.

—Sentiré mucho desprenderme de él —agregó Dupin.

—Yo no pretendo que se haya tomado tanto trabajo sin que tenga alguna recompensa —dijo el hombre—. Eso ni pensarlo. Y estoy dispuesto a pagar una gratificación por el hallazgo del animal: por supuesto, algo razonable.

—Bien, eso es muy correcto —respondió mi amigo—. Vamos a ver... ¿qué voy a pedir yo? ¡Ah, ya lo sé! Mi recompensa será ésta: quiero que usted me diga todo lo que sabe acerca de esos asesinatos de la calle Morgue.

Dupin pronunció estas últimas palabras en voz muy baja y con mucha tranquilidad. Con la misma tranquilidad fue hacia la puerta, la cerró y se guardó la llave en el bolsillo. Luego sacó la pistola y, sin mostrar la menor agitación, la dejó sobre la mesa.

El rostro del marinero se encendió, sofocado. Se puso de pie y empuñó su garrote. Pero acto seguido, se dejó caer en la silla, temblando violentamente, y con expresión de moribundo. No dijo ni una palabra. Lo compadecí de todo corazón.

—Amigo mío —murmuró Dupin, en tono amable—, se alarma usted innecesariamente, se lo digo de veras. No nos proponemos causarle daño alguno. Le doy mi palabra de honor, como caballero, y como francés, de que no intentamos perjudicarlo. Yo sé muy bien que usted es inocente de las atrocidades de la calle Morgue. No obstante, no puedo negar que, en cierto modo, se halla complicado en ellas. Por lo que acabo de decirle, podrá comprender que he tenido medios de información acerca de este asunto. Ahora el caso se presenta de este modo: usted no ha hecho nada que pudiera evitar; nada, ciertamente, que lo haga culpable. No le pueden acusar de que haya robado, pudiendo hacerlo impunemente, y no tiene ninguna cosa que ocultar. Por otra parte, está usted obligado, por todos los principios de honor, a confesar cuanto sepa. Hay un hombre inocente encarcelado bajo la acusación de esos crímenes, a cuyo autor puede usted desenmascarar.

El marinero había recobrado mucho de su presencia de ánimo, pese a que ya no existía la arrogancia en él.

—¡Qué Dios me salve! —exclamó—. Yo quiero contarle todo lo que sé, aunque no espero que me crea ni la mitad; estaría loco si lo esperase. ¡Pero soy inocente, y hablaré con total franqueza, aun cuando arriesgue la vida!

Lo que declaró fue, en resumen, esto: recientemente había regresado de un viaje al archipiélago indico. Un grupo, del cual formaba parte, desembarcó en Borneo y pasó al interior a realizar una excursión de recreo. Entre él y un compañero capturaron al orangután. Aquel compañero murió, y el animal pasó a ser de su exclusiva propiedad.

Después de no pocos trabajos, ocasionados por la ferocidad del cautivo durante el viaje de regreso, logró encerrarlo en su propio domicilio en París, donde, para no atraer la curiosidad de los vecinos, lo mantuvo cuidadosamente recluido, hasta que pudo

restablecerlo de una herida que se había hecho en un pie, con una astilla, a bordo del navío. Su resolución era venderlo.

Sin embargo, al regresar a su casa después de una parranda con otros marineros, justamente en la madrugada del día del crimen, halló al orangután en su alcoba, en la que había penetrado desde el cuarto contiguo donde estaba encerrado. Con una navaja de afeitar en la mano, se hallaba sentado delante de un espejo, tratando de afeitarse, sin duda había espiado a su amo en esta operación. Aterrorizado al ver un arma tan peligrosa en poder de un animal tan feroz, el marinero se quedó sin saber qué hacer durante unos momentos. Pese a todo, había logrado apaciguar al orangután, aun en sus arranques más feroces, por medio de un látigo, y a éste recurrió también en esa oportunidad. Al ver el látigo, el orangután huyó fuera de la habitación, se precipitó escaleras abajo, y luego saltó por una ventana hacia la calle.

Su dueño lo persiguió desesperado. El mono, que llevaba aún la navaja de afeitar en la mano, se volvía de cuando en cuando para mirar y hacer muecas a su perseguidor. De este modo continuó la persecución durante un largo trecho. Las calles estaban en profundo silencio porque eran casi las tres de la madrugada. Al descender por una callejuela situada detrás de la calle Morgue, llamó la atención del animal una luz que brillaba en la ventana abierta de la habitación de madame L'Espanaye, en el cuarto piso del edificio. Se precipitó hacia allá, vio la cadena del pararrayos, trepó con inconcebible agilidad por ella, se agarró al postigo que estaba abierto de par en par, y balanceándose, suspendido de aquella manera, saltó directamente sobre la cabecera de la cama. Todo esto duró apenas un minuto. El orangután, al entrar en la habitación, empujó con las patas el postigo que volvió a quedar abierto.

Mientras tanto, el marinero estaba contento y perplejo a la vez. Tenía mucha esperanza de capturar al bruto, que difícilmente podría escapar de la trampa en que se había metido. Sin embargo, por otra parte, no le faltaban grandes motivos de temor por lo que el animal pudiera hacer dentro de esa casa. Esta última reflexión movió al hombre a seguir persiguiendo al orangután. Una cadena de pararrayos se sube sin dificultad, especialmente para un marinero, y así lo hizo. Cuando llegó a la altura de la ventana, que se encontraba bastante apartada hacia su izquierda, debió hacer un alto. Todo lo que podía lograr era aproximarse para dar una ojeada al interior de la habitación. Pero al hacerlo, le faltó poco para caer al vacío, empujado por el horror. Fue entonces cuando se oyeron aquellos estremecedores gritos que despertaron de su sueño a los vecinos de la calle Morgue.

La señora L'Espanaye y su hija, vestidas con ropa de dormir, habían estado, según parece, ordenando unos documentos en el cofrecito de hierro que habían llevado hasta el centro de la habitación, y tenían abierto; su contenido se hallaba en el suelo, junto a ellas. Indudablemente, las víctimas estaban sentadas de espaldas a la ventana, y, por el tiempo que transcurrió entre el ingreso del animal y los gritos, parece que no lo vieron en seguida. El golpeteo del postigo debió ser atribuido al viento. Cuando el marinero miró hacia el interior, el gigantesco animal agarró a madame L'Espanaye por los cabellos, y blandió la navaja de afeitar junto a su cara, imitando los gestos de un barbero. La hija se desmayó, y quedó tendida en el piso, inmóvil. Los forcejeos y alaridos de la anciana, en medio de los cuales le fue arrancado el cabello, tuvieron el efecto de cambiar los propósitos pacíficos del

orangután, por la cólera. Con un gesto violento de su musculoso brazo, casi le separó la cabeza del cuerpo, y, al ver la sangre, su ira se inflamó hasta el frenesí. Rechinándole los dientes, y despidiendo fuego por los ojos, se lanzó entonces sobre el cuerpo de la joven, y hundió las afiladas garras en su garganta, manteniendo la presión hasta que ella expiró. Sus miradas extraviadas y salvajes se dirigieron en aquel momento a la cabecera de la cama, sobre la cual, al otro lado de la ventana, el rostro de su amo, rígido por el horror, se distinguía apenas en la oscuridad. Instantáneamente, recordando el temido látigo, la furia del animal se convirtió en miedo. Comprendiendo que merecía ser castigado, pareció deseoso de ocultar sus sangrientas acciones, y comenzó a saltar por la sala, derribando y destrozando los muebles a su paso, y arrancando la cama de su armazón. Para terminar, cogió el cuerpo de la señorita L'Españaye, y lo introdujo por la chimenea, tal como fue hallado. Luego el de la anciana madre, el que inmediatamente arrojó de cabeza por la ventana. Cuando el mono se acercó allí, llevando su mutilada carga, el marinero retrocedió despavorido. Resbalando por la cadena del pararrayos, más que agarrándose, llegó abajo y se alejó precipitadamente hacia su casa, temiendo las consecuencias de aquella carnicería, y abandonando, en su terror, todo cuidado por lo que pudiera ocurrirle al mono. Las palabras escuchadas por el grupo en la escalera, eran las exclamaciones de espanto del francés, mezcladas a la jerigonza del orangután.

Ya casi no me queda nada que añadir. El animal tuvo que escapar de la habitación por la cadena del pararrayos, poco antes del amanecer. Maquinalmente debió cerrar la ventana al pasar por ella.

Tiempo después fue capturado por su propio dueño, quien obtuvo por él una buena cantidad de dinero en el "Jardin des Plantes". Le Bon, el dependiente bancario inculpado, fue dejado en libertad rápidamente, después que nosotros contamos en el despacho del prefecto de policía todo lo sucedido. Aquel funcionario, aunque muy bien dispuesto para con mi amigo, no pudo disimular su pesar al ver el giro que había tomado el caso, y se permitió un par de frases sarcásticas acerca de la falta de corrección de las personas que se entrometían en sus funciones.

—Déjelo que hable —me dijo luego, Dupin—. Así aliviará su conciencia. Por mi parte, estoy satisfecho de haberlo vencido en su propio terreno. Sin embargo, el hecho de que le haya fallado la solución de este misterio no es algo tan raro como él supone. En verdad, nuestro amigo el prefecto es demasiado agudo para poder pensar con profundidad. Su ciencia carece de base: es toda cabeza y no cuerpo, como las pinturas que representan a la diosa Laverna. Más exactamente, toda cabeza y espaldas como un bacalao. Pero es buena persona, y me agrada sobre todo por un truco de su astucia, al cual le debe el haber alcanzado su fama de hombre de talento. Me refiero a su manera de "nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas" (negar lo que es, y explicar lo que no es).

IV. El corazón delator

¡Es verdad! Soy muy nervioso, extraordinariamente nervioso. Lo he sido siempre. ¿Pero por qué dicen que estoy loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos en vez de destruirlos o embotarlos. De todos ellos el más fino es el oído. Yo he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿cómo, entonces, puedo estar loco? Observen con qué serenidad, con qué calma, voy a contarles esta historia.

Es imposible definir cómo penetró la idea en mi cerebro. Sin embargo, una vez adentrada allí, me acosó día y noche. Realmente no había ningún motivo para ello. El viejo nunca había hecho daño, y yo lo quería. Jamás me insultó, y su oro no me despertaba la menor codicia.

Creo que era su ojo. Si... ¡Eso era! Uno de sus ojos se parecía a los del buitre. Era de un color azul pálido, nublado por una catarata. Siempre que ese ojo se detenía sobre mí, se me congelaba la sangre. Y así, poco a poco, gradualmente, se fue apoderando de mi espíritu la obsesión de matar al anciano, y librarme para siempre de aquella mirada.

Ahora viene lo más difícil de explicar. Me creen loco, pero no pensarían así si me hubieran visto, si hubiesen podido observar con qué sabiduría, con qué precaución y cautela procedí... ¡con qué disimulo puse manos a la obra!

Jamás me comporté tan amable con él como durante la semana que precedió al asesinato. Cada noche, cerca de las doce, descorría el pestillo de su puerta y la abría muy suavemente. Cuando la tenía lo suficientemente abierta para asomar la cabeza, metía una linterna bien cerrada, para que no se filtrara ninguna claridad: luego introducía la cabeza. ¡Oh, se habrían reído viendo el esmero con que lo hacía, por miedo de turbar el sueño del viejo. No exagero al afirmar que por lo menos tardaba una hora en realizar esta maniobra, y contemplar al anciano acostado en su cama. ¿Podría haber sido tan prudente un loco?

En seguida, una vez que mi cabeza se hallaba dentro de la habitación, abría silenciosamente la linterna. ¡Oh, con qué cuidado, con qué sumo cuidado: Abría sólo lo necesario para que un rayo casi imperceptible de luz se clavara en el ojo de buitre. Hice esto durante siete noches interminables, a la misma hora, y siempre encontré el ojo cerrado. Así se fue volviendo imposible concretar mi propósito: porque no era el viejo quién me molestaba, sino aquel maldito ojo. Y todas las mañanas, cuando amanecía, entraba osadamente en su

cuarto, y le conversaba valerosamente, con voz muy cordial, interesándome por saber cómo había dormido.

Comprenderán que tendría que haber sido un hombre demasiado perspicaz para sospechar que todas las noches, siempre a las doce, yo le espiaba durante su sueño.

Finalmente, en la octava noche, entreabrí la puerta con mayor sigilo que antes. La aguja de un reloj se movía más a prisa que mi mano. Jamás, como en ese minuto, pude apreciar tan bien la magnitud de mi astucia, y apenas lograba dominar mi sensación de triunfo. ¡Pensar que estaba allí, empujando muy pausadamente esa puerta, y que él ni siquiera vislumbraba mis acciones y mis pensamientos secretos!

Ante esta idea se me escapó una leve risa, y tal vez me oyó, ya que de pronto se movió en su lecho, como si fuera a despertar. Tal vez se imaginarán que me retiré de inmediato. Pues no, se equivocan, no fue así.

Su alcoba se hallaba profundamente oscura. Las ventanas estaban herméticamente cerradas por miedo a los ladrones, y las espesas tinieblas envolvían toda la estancia. Absolutamente seguro de que el anciano no podía ver nada, me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre la perilla de la puerta, y el viejo se incorporó en su cama, preguntando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí completamente inmóvil, sin musitar una sola palabra, y durante una hora no moví un músculo. Tampoco él, en todo ese tiempo, volvió a acostarse. Continuaba sentado en la cama, alerta, haciendo lo mismo que yo había hecho en esas largas noches, oyendo deslizarse a las arañas en la pared.

De pronto oí un gemido profundo. Se trataba de un lamento de terror mortal, no de dolor o tristeza. ¡Oh, no! Era el rumor sordo y ahogado que escapa de lo más íntimo de un alma sobrecogida por el pavor. Yo conocía ese quejido. Muchas veces, precisamente en el filo de la medianoche, cuando todos dormían, lo sentía irrumpir en mi propio pecho, brotando de los terrores que me consumían.

Sabía lo que estaba experimentando el viejo, y no podía evitar una gran piedad por él, aunque también otros sentimientos colmaban mi corazón. Comprendía que su zozobra iba en aumento, y que procuraba persuadirse de que sus temores eran infundados. Posiblemente decía para sí: "No es nada... El viento en la chimenea... Un ratón que corrió por el entretecho... Algún insecto..."

Sí, debe haber intentado calmarse con estas hipótesis. Pero todo fue inútil. La muerte había pasado junto a él, y lo envolvía. Y era la influencia fúnebre de su sombra, invisible, la que lo hacía "sentir", aunque no viera ni escuchara nada, la que le permitía notar mi presencia en su habitación.

Luego de haber esperado un largo rato, me aventuré a abrir apenas la linterna. La abrí furtivamente, hasta que al fin un rayo delgado, como el hilo de una telaraña, descendió sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, íntegramente abierto, y al verlo me llené de furia. Lo vi con claridad perfecta, entero de un azul mate, y cubierto por la horrorosa nube que me helaba hasta la médula de los huesos. No podía ver nada más; ni la cara ni el cuerpo del anciano. Sólo existía aquel ojo obsesionante.

¿No es acaso una hiperestesia de los sentidos aquello que consideran locura? Una vibración débil, continua, llegó a mis oídos, semejante al tic-tac de un reloj forrado en algodones. Inmediatamente reconocí ese apagado golpeteo. Era el corazón del viejo que latía, y este sonido excitó mi furia, igual que el redoblar de los tambores excita el valor de un soldado. Me controlé, sin embargo, y permanecí inmóvil. Respiraba apenas, y sostenía quieta, entre las manos, la linterna. Hacía un esfuerzo por mantener el rayo de luz fijo sobre el ojo. Entre tanto, el latido infernal del corazón del anciano era por segundos más fuerte, más rápido, y..., sobre todo, más sonoro.

El pánico de aquel hombre debía ser monstruoso, y retumbaba en ese latir que crecía y crecía.

He confesado que soy nervioso, y realmente lo soy. En consecuencia, en medio de la noche y del silencio de esa antigua casa, un ruido tan extraño hizo surgir en mí un terror incontrolable. Pese a ello, todavía logré mantenerme, y luché por conservar la tranquilidad, pero la pulsación se hacía más y más audible, más violenta, y una nueva angustia se apoderaba de mí. Ese ruido, y los que iban a producirse, podrían ser escuchados por un vecino. La hora del viejo había llegado.

Con un gran alarido, abrí inesperadamente la linterna, y me precipité en la alcoba. El viejo dejó escapar un grito, un solo grito. En menos de un segundo lo derribé, dejándolo de espaldas en el suelo, y tiré la cama sobre él, aplastándolo con su peso. Entonces sonreí, ufano, al ver tan adelantada mi obra. No obstante, el corazón aún latió, con un murmullo apagado.

Pese a ello, ya no me atormentaba. No, no podía oírse nada a través de las paredes. Finalmente, cesó todo: el viejo estaba muerto. Levanté la cama, y examiné el cuerpo. Sí, estaba muerto. ¡Muerto como una piedra! Afirmé mi mano en su corazón sin advertir ningún latido. ¡ En lo sucesivo su ojo de buitre no podría atormentarme!

A los que insistan en creerme loco, les advierto que su opinión se desvanecerá cuando les describa las inteligentes medidas que adopté para esconder el cadáver.

Avanzaba la noche, y yo trabajaba con prisa y en riguroso silencio. Hábilmente fui desmembrando el cuerpo. Primero corté la cabeza y después los brazos; luego, las piernas. En seguida separé unos trozos del entablado, y deposité los restos bajo el piso de madera. Terminado este trabajo, coloqué otra vez las tablas en su sitio, con tanta destreza que

ningún ojo humano, ni siquiera el del viejo, podría descubrir allí algo inusual. Ni siquiera una mancha de sangre.

Cuando terminé estas operaciones eran las cuatro y estaba tan oscuro como si todavía fuese medianoche. En el momento en que el reloj señalaba la hora, llamaron a la puerta de calle. Bajé a abrir confiado, y di la bienvenida a los recién llegados. ¿Por qué no? ¿Acaso tenía algo que temer?

Los tres hombres se presentaron, gentilmente, como agentes de la policía. Un vecino había escuchado un grito en la noche, y esto lo hizo sospechar de que podía haberse cometido un homicidio, por lo cual estampó una denuncia en la Comisaría. Los agentes venían para practicar un reconocimiento.

Sonreí, ya que, repito: ¿acaso tenía algo que temer?

—El grito —les expliqué— lo lancé yo, soñando. El anciano se encuentra viajando por la comarca...

Conduje a los visitantes por toda la casa, y les sugerí que revisaran bien. Por fin, los guíé hasta su cuarto. Allí les mostré sus tesoros: todo perfectamente resguardado y en orden. Entusiasmado con esa gran seguridad en mí mismo, llevé unas sillas a la habitación, y los invité a que se sentaran, mientras yo, con la desbordada audacia de mi triunfo, colocaba mi propia silla exactamente en el lugar bajo el que se ocultaba el cuerpo de la víctima.

Los agentes parecían satisfechos. Mi actitud les convenía, y hablaron de temas familiares, a los que respondí jovialmente. No obstante, pasado un rato, me di cuenta de que palidecía, y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y sentía que mis oídos zumbaban. Sin embargo, ellos continuaban sentados, y proseguían la charla. Entonces el zumbido se hizo más nítido y rítmico, volviéndose cada vez más perceptible. Comencé a hablar atropelladamente, para liberarme de esa angustiante sensación. Pero ésta persistió, reiterándose de un modo tal, que no tardé en descubrir que el ruido no nacía en mis oídos.

Sin duda palidecí más, y seguí hablando sin tino, alzando mi voz, tratando de apagar aquel sonido que aumentaba, "aquella vibración semejante al tic-tac de un reloj envuelto en algodones". Principié a respirar con dificultad, aunque los agentes aún no escuchaban nada, e hilvané frases apresuradas, con mayor vehemencia. El tic-tac se elevaba, acompasado. Me levanté y discutí tonterías, con tono estridente, haciendo grotescas gesticulaciones. ¡Todo era inútil! ¡El latido crecía, crecía más. ¿Por qué ellos no querían marcharse? Comencé a caminar de un lado a otro por la habitación, pesadamente, a grandes pasos. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer? Echaba espumarajos, desvariaba. Volvía a sentarme y movía la silla, haciéndola resonar sobre el suelo. Pero el latido lo dominaba todo, y se agigantaba indefinidamente.

Los hombres continuaban conversando, bromeando, riendo. ¿Sería posible que no oyeran? ¿Dios Todopoderoso, sería posible? ¡No, no! ¡Ellos oían... sospechaban! ¡Sabían! ¡Sí, sabían, y se estaban divirtiendo con mi terror! Así lo creí, y lo creo ahora. Y había algo peor que aquella agonía, algo más insoportable que esa burla. ¡Ya no podía tolerar por más

tiempo sus hipócritas sonrisas, y me di cuenta de que era preciso gritar o morir, porque entonces...! ¡Préstense atención, por favor!

-¡No finjan más, malvados! -grité- . ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esas tablas!...
¡Aquí..., aquí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!

V. Manuscrito hallado en una botella

Sobre mi país y mi familia tengo poco que decir. Un trato injusto y el paso de los años me han alejado de uno y malquistado con la otra. Mi patrimonio me permitió recibir una educación poco común y una inclinación contemplativa permitió que convirtiera en metódicos los conocimientos diligentemente adquiridos en tempranos estudios. Pero por sobre todas las cosas me proporcionaba gran placer el estudio de los moralistas alemanes; no por una desatinada admiración a su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis rígidos hábitos mentales me permitían detectar sus falsedades. A menudo se me ha reprochado la aridez de mi talento; la falta de imaginación se me ha imputado como un crimen; y el escepticismo de mis opiniones me ha hecho notorio en todo momento. En realidad, temo que una fuerte inclinación por la filosofía física haya teñido mi mente con un error muy común en esta época: hablo de la costumbre de referir sucesos, aun los menos susceptibles de dicha referencia, a los principios de esa disciplina. En definitiva, no creo que nadie haya menos propenso que yo a alejarse de los severos límites de la verdad, dejándose llevar por el ignes fatui de la superstición. Me ha parecido conveniente sentar esta premisa, para que la historia increíble que debo narrar no sea considerada el desvarío de una imaginación desbocada, sino la experiencia auténtica de una mente para quien los ensueños de la fantasía han sido letra muerta y nulidad.

Después de muchos años de viajar por el extranjero, en el año 18... me embarqué en el puerto de Batavia, en la próspera y populosa isla de Java, en un crucero por el archipiélago de las islas Sonda. Iba en calidad de pasajero, sólo inducido por una especie de nerviosa inquietud que me acosaba como un espíritu malévolo.

Nuestro hermoso navío, de unas cuatrocientas toneladas, había sido construido en Bombay en madera de teca de Malabar con remaches de cobre. Transportaba una carga de algodón en rama y aceite, de las islas Laquevidas. También llevábamos a bordo fibra de corteza de coco, azúcar morena de las Islas Orientales, manteca clarificada de leche de búfalo, granos de

cacao y algunos cajones de opio. La carga había sido mal estibada y el barco escoraba.

Zarpamos apenas impulsados por una leve brisa, y durante muchos días permanecemos cerca de la costa oriental de Java, sin otro incidente que quebrara la monotonía de nuestro curso que el ocasional encuentro con los pequeños barquitos de dos mástiles del archipiélago al que nos dirigíamos.

Una tarde, apoyado sobre el pasamanos de la borda de popa, vi hacia el noroeste una nube muy singular y aislada. Era notable, no sólo por su color, sino por ser la primera que veíamos desde nuestra partida de Batavia. La observé con atención hasta la puesta del sol, cuando de repente se extendió hacia este y oeste, ciñendo el horizonte con una angosta franja de vapor y adquiriendo la forma de una larga línea de playa. Pronto atrajo mi atención la coloración de un tono rojo oscuro de la luna, y la extraña apariencia del mar. Éste sufría una rápida transformación y el agua parecía más transparente que de costumbre. Pese a que alcanzaba a ver claramente el fondo, al echar la sonda comprobé que el barco navegaba a quince brazas de profundidad. Entonces el aire se puso intolerablemente caluroso y cargado de exhalaciones en espiral, similares a las que surgen del hierro al rojo. A medida que fue cayendo la noche, desapareció todo vestigio de brisa y resultaba imposible concebir una calma mayor. Sobre la toldilla ardía la llama de una vela sin el más imperceptible movimiento, y un largo cabello, sostenido entre dos dedos, colgaba sin que se advirtiera la menor vibración. Sin embargo, el capitán dijo que no percibía indicación alguna de peligro, pero como navegábamos a la deriva en dirección a la costa, ordenó arriar las velas y echar el ancla. No apostó vigías y la tripulación, compuesta en su mayoría por malayos, se tendió deliberadamente sobre cubierta. Yo bajé... sobrecogido por un mal presentimiento. En verdad, todas las apariencias me advertían la inminencia de un simún. Transmití mis temores al capitán, pero él no prestó atención a mis palabras y se alejó sin dignarse a responderme. Sin embargo, mi inquietud me impedía dormir y alrededor de medianoche subí a cubierta. Al apoyar el pie sobre el último peldaño de la escalera de cámara me sobresaltó un ruido fuerte e intenso, semejante al producido por el giro veloz de la rueda de un molino, y antes de que pudiera averiguar su significado, percibí una vibración

en el centro del barco. Instantes después se desplomó sobre nosotros un furioso mar de espuma que, pasando por sobre el puente, barrió la cubierta de proa a popa.

La extrema violencia de la ráfaga fue, en gran medida, la salvación del barco. Aunque totalmente cubierto por el agua, como sus mástiles habían volado por la borda, después de un minuto se enderezó pesadamente, salió a la superficie, y luego de vacilar algunos instantes bajo la presión de la tempestad, se enderezó por fin.

Me resultaría imposible explicar qué milagro me salvó de la destrucción. Aturdido por el choque del agua, al volver en mí me encontré estrujado entre el mástil de popa y el timón. Me puse de pie con gran dificultad y, al mirar, mareado, a mi alrededor, mi primera impresión fue que nos encontrábamos entre arrecifes, tan tremendo e inimaginable era el remolino de olas enormes y llenas de espuma en que estábamos sumidos. Instantes después oí la voz de un anciano sueco que había embarcado poco antes de que el barco zarpara. Lo llamé con todas mis fuerzas y al rato se me acercó tambaleante. No tardamos en descubrir que éramos los únicos sobrevivientes. Con excepción de nosotros, las olas acababan de barrer con todo lo que se hallaba en cubierta; el capitán y los oficiales debían haber muerto mientras dormían, porque los camarotes estaban totalmente anegados. Sin ayuda era poco lo que podíamos hacer por la seguridad del barco y nos paralizó la convicción de que no tardaríamos en zozobrar. Por cierto que el primer embate del huracán destrozó el cable del ancla, porque de no ser así nos habríamos hundido instantáneamente. Navegábamos a una velocidad tremenda, y las olas rompían sobre nosotros. El maderamen de popa estaba hecho añicos y todo el barco había sufrido gravísimas averías; pero comprobamos con júbilo que las bombas no estaban atascadas y que el lastre no parecía haberse descentrado. La primera ráfaga había amainado, y la violencia del viento ya no entrañaba gran peligro; pero la posibilidad de que cesara por completo nos aterrorizaba, convencidos de que, en medio del oleaje siguiente, sin duda, moriríamos. Pero no parecía probable que el justificado temor se convirtiera en una pronta realidad. Durante cinco días y noches completos -en los cuales nuestro único alimento consistió en una pequeña cantidad de melaza que trabajosamente logramos procurarnos

en el castillo de proa- la carcasa del barco avanzó a una velocidad imposible de calcular, impulsada por sucesivas ráfagas que, sin igualar la violencia del primitivo Simún, eran más aterradoras que cualquier otra tempestad vivida por mí en el pasado. Con pequeñas variantes, durante los primeros cuatro días nuestro curso fue sudeste, y debimos haber costeado Nueva Holanda. Al quinto día el frío era intenso, pese a que el viento había girado un punto hacia el norte. El sol nacía con una enfermiza coloración amarillenta y trepaba apenas unos grados sobre el horizonte, sin irradiar una decidida luminosidad. No había nubes a la vista, y sin embargo el viento arreciaba y soplaban con furia despareja e irregular. Alrededor de mediodía -aproximadamente, porque sólo podíamos adivinar la hora- volvió a llamarnos la atención la apariencia del sol. No irradiaba lo que con propiedad podríamos llamar luz, sino un resplandor opaco y lúgubre, sin reflejos, como si todos sus rayos estuvieran polarizados. Justo antes de hundirse en el mar turgente su fuego central se apagó de modo abrupto, como por obra de un poder inexplicable. Quedó sólo reducido a un aro plateado y pálido que se sumergía de prisa en el mar insondable.

Esperamos en vano la llegada del sexto día -ese día que para mí no ha llegado y que para el sueco no llegó nunca. A partir de aquel momento quedamos sumidos en una profunda oscuridad, a tal punto que no hubiéramos podido ver un objeto a veinte pasos del barco. La noche eterna continuó envolviéndonos, ni siquiera atenuada por la fosforescencia brillante del mar a la que nos habíamos acostumbrado en los trópicos. También observamos que, aunque la tempestad continuaba rugiendo con interminable violencia, ya no conservaba su apariencia habitual de olas ni de espuma con las que antes nos envolvía. A nuestro alrededor todo era espanto, profunda oscuridad y un negro y sofocante desierto de ébano. Un terror supersticioso fue creciendo en el espíritu del viejo sueco, y mi propia alma estaba envuelta en un silencioso asombro. Abandonarnos todo intento de atender el barco, por considerarlo inútil, y nos aseguramos lo mejor posible a la base del palo de mesana, clavando con amargura la mirada en el océano inmenso. No habría manera de calcular el tiempo ni de prever nuestra posición. Sin embargo teníamos plena conciencia de haber avanzado más hacia el sur que cualquier otro navegante anterior y nos

asombró no encontrar los habituales impedimentos de hielo. Mientras tanto, cada instante amenazaba con ser el último de nuestras vidas... olas enormes, como montañas se precipitaban para abatirnos. El oleaje sobrepasaba todo lo que yo hubiera imaginado, y fue un milagro que no zozobráramos instantáneamente. Mi acompañante hablaba de la liviandad de nuestro cargamento y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro barco; pero yo no podía menos que sentir la absoluta inutilidad de la esperanza misma, y me preparaba melancólicamente para una muerte que, en mi opinión, nada podía demorar ya más de una hora, porque con cada nudo que el barco recorría el mar negro y tenebroso adquiría más violencia. Por momentos jadeábamos para respirar, elevados a una altura superior a la del albatros... y otras veces nos mareaba la velocidad de nuestro descenso a un infierno acuoso donde el aire se estancaba y ningún sonido turbaba el sopor del "kraken".

Nos encontrábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un repentino grito de mi compañero resonó horriblemente en la noche. "¡Mire, mire!" exclamó, chillando junto a mi oído, "¡Dios Todopoderoso! ¡Mire! ¡Mire!". Mientras hablaba percibí el resplandor de una luz mortecina y rojiza que recorría los costados del inmenso abismo en que nos encontrábamos, arrojando cierto brillo sobre nuestra cubierta. Al levantar la mirada, contemplé un espectáculo que me heló la sangre. A una altura tremenda, directamente encima de nosotros y al borde mismo del precipicio líquido, flotaba un gigantesco navío, de quizás cuatro mil toneladas. Pese a estar en la cresta de una ola que lo sobrepasaba más de cien veces en altura, su tamaño excedía el de cualquier barco de línea o de la compañía de Islas Orientales. Su enorme casco era de un negro profundo y sucio y no lo adornaban los acostumbrados mascarones de los navíos. Una sola hilera de cañones de bronce asomaba por los portañolas abiertas, y sus relucientes superficies reflejaban las luces de innumerables linternas de combate que se balanceaban de un lado al otro en las jarcias. Pero lo que más asombro y estupefacción nos provocó fue que en medio de ese mar sobrenatural y de ese huracán ingobernable, navegara con todas las velas desplegadas. Al verlo por primera vez sólo distinguimos su proa y poco a poco fue alzándose sobre el sombrío y horrible torbellino. Durante un momento de intenso terror se

detuvo sobre el vertiginoso pináculo, como si contemplara su propia sublimidad, después se estremeció, vaciló y... se precipitó sobre nosotros.

En ese instante no sé qué repentino dominio de mí mismo surgió de mi espíritu. A los tropezones, retrocedí todo lo que pude hacia popa y allí esperé sin temor la catástrofe. Nuestro propio barco había abandonado por fin la lucha y se hundía de proa en el mar. En consecuencia, recibió el impacto de la masa descendente en la parte ya sumergida de su estructura y el resultado inevitable fue que me vi lanzado con violencia irresistible contra los obenques del barco desconocido.

En el momento en que caí, la nave viró y se escoró, y supuse que la consiguiente confusión había impedido que la tripulación reparara en mi presencia. Me dirigí sin dificultad y sin ser visto hasta la escotilla principal, que se encontraba parcialmente abierta, y pronto encontré la oportunidad de ocultarme en la bodega. No podría explicar por qué lo hice. Tal vez el principal motivo haya sido la indefinible sensación de temor que, desde el primer instante, me provocaron los tripulantes de ese navío. No estaba dispuesto a confiarme a personas que a primera vista me producían una vaga extrañeza, duda y aprensión. Por lo tanto consideré conveniente encontrar un escondite en la bodega. Lo logré moviendo una pequeña porción de la armazón, y así me aseguré un refugio conveniente entre las enormes cuadernas del buque.

Apenas había completado mi trabajo cuando el sonido de pasos en la bodega me obligó a hacer uso de él. Junto a mí escondite pasó un hombre que avanzaba con pasos débiles y andar inseguro. No alcancé a verle el rostro, pero tuve oportunidad de observar su apariencia general. Todo en él denotaba poca firmeza y una avanzada edad. Bajo el peso de los años le temblaban las rodillas, y su cuerpo parecía agobiado por una gran carga. Murmuraba en voz baja como hablando consigo mismo, pronunciaba palabras entrecortadas en un idioma que yo no comprendía y empezó a tantear una pila de instrumentos de aspecto singular y de viejas cartas de navegación que había en un rincón. Su actitud era una extraña mezcla de la terquedad de la segunda infancia y la solemne dignidad de un Dios. Por fin subió nuevamente a cubierta y no lo volví a ver.

Un sentimiento que no puedo definir se ha posesionado de mi alma; es una sensación que no admite análisis, frente a la cual las experiencias de épocas pasadas resultan inadecuadas y cuya clave, me temo, no me será ofrecida por el futuro. Para una mente como la mía, esta última consideración es una tortura. Sé que nunca, nunca, me daré por satisfecho con respecto a la naturaleza de mis conceptos. Y sin embargo no debe asombrarme que esos conceptos sean indefinidos, puesto que tienen su origen en fuentes totalmente nuevas. Un nuevo sentido... una nueva entidad se incorpora a mi alma.

Hace ya mucho tiempo que recorrí la cubierta de este barco terrible, y creo que los rayos de mi destino se están concentrando en un foco. ¡Qué hombres incomprensibles! Envueltos en meditaciones cuya especie no alcanzo a adivinar, pasan a mi lado sin percibir mi presencia. Ocultarme sería una locura, porque esta gente no quiere ver. Hace pocos minutos pasé directamente frente a los ojos del segundo oficial; no hace mucho que me aventuré a entrar a la cabina privada del capitán, donde tomé los elementos con que ahora escribo y he escrito lo anterior. De vez en cuando continuaré escribiendo este diario. Es posible que no pueda encontrar la oportunidad de darlo a conocer al mundo, pero trataré de lograrlo. A último momento, introduciré el mensaje en una botella y la arrojaré al mar.

Ha ocurrido un incidente que me proporciona nuevos motivos de meditación. ¿Ocurren estas cosas por fuerza de un azar sin gobierno? Me había aventurado a cubierta donde estaba tendido, sin llamar la atención, entre una pila de flechaduras y viejas velas, en el fondo de una balandra. Mientras meditaba en lo singular de mi destino, inadvertidamente tomé un pincel mojado en brea y pinté los bordes de una vela arrastradera cuidadosamente doblada sobre un barril, a mi lado. La vela ha sido izada y las marcas irreflexivas que hice con el pincel se despliegan formando la palabra descubrimiento.

Últimamente he hecho muchas observaciones sobre la estructura del navío. Aunque bien armado, no creo que sea un barco de guerra. Sus jarcias, construcción y equipo en general, contradicen una suposición semejante. Alcanzo a percibir con facilidad lo que el navío no es, pero me temo no poder afirmar

lo que es. Ignoro por qué, pero al observar su extraño modelo y la forma singular de sus mástiles, su enorme tamaño y su excesivo velamen, su proa severamente sencilla y su popa anticuada, de repente cruza por mi mente una sensación de cosas familiares y con esas sombras imprecisas del recuerdo siempre se mezcla la memoria de viejas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

He estado estudiando el maderamen de la nave. Ha sido construida con un material que me resulta desconocido. Las características peculiares de la madera me dan la impresión de que no es apropiada para el propósito al que se la aplicara. Me refiero a su extrema porosidad, independientemente considerada de los daños ocasionados por los gusanos, que son una consecuencia de navegar por estos mares, y de la podredumbre provocada por los años. Tal vez la mía parezca una observación excesivamente insólita, pero esta madera posee todas las características del roble español, en el caso de que el roble español fuera dilatado por medios artificiales.

Al leer la frase anterior, viene a mi memoria el apotegma que un viejo lobo de mar holandés repetía siempre que alguien ponía en duda su veracidad. "Tan seguro es, como que hay un mar donde el barco mismo crece en tamaño, como el cuerpo viviente del marino."

Hace una hora tuve la osadía de mezclarme con un grupo de tripulantes. No me prestaron la menor atención y, aunque estaba parado en medio de todos ellos, parecían absolutamente ignorantes de mi presencia. Lo mismo que el primero que vi en la bodega, todos daban señales de tener una edad avanzada. Les temblaban las rodillas achacosas; la decrepitud les inclinaba los hombros; el viento estremecía sus pieles arrugadas; sus voces eran bajas, trémulas y quebradas; en sus ojos brillaba el lagrimeo de la vejez y la tempestad agitaba terriblemente sus cabellos grises. Alrededor de ellos, por toda la cubierta, yacían desparramados instrumentos matemáticos de la más pintoresca y anticuada construcción.

Hace un tiempo mencioné que había sido izada un ala del trinquete. Desde entonces, desbocado por el viento, el barco ha continuado su aterradora carrera hacia el sur, con todas las velas desplegadas desde la punta de los mástiles hasta los botalones inferiores, hundiendo a cada instante sus penoles en el

más espantoso infierno de agua que pueda concebir la mente de un hombre. Acabo de abandonar la cubierta, donde me resulta imposible mantenerme en pie, pese a que la tripulación parece experimentar pocos inconvenientes. Se me antoja un milagro de milagros que nuestra enorme masa no sea definitivamente devorada por el mar. Sin duda estamos condenados a flotar indefinidamente al borde de la eternidad sin precipitarnos por fin en el abismo. Remontamos olas mil veces más gigantescas que las que he visto en mi vida, por las que nos deslizamos con la facilidad de una gaviota; y las aguas colosales alzan su cabeza por sobre nosotros como demonios de las profundidades, pero como demonios limitados a la simple amenaza y a quienes les está prohibido destruir. Todo me lleva a atribuir esta continua huida del desastre a la única causa natural que puede producir ese efecto. Debo suponer que el barco navega dentro de la influencia de una corriente poderosa, o de un impetuoso mar de fondo.

He visto al capitán cara a cara, en su propia cabina, pero, tal como esperaba, no me prestó la menor atención. Aunque para un observador casual no haya en su apariencia nada que puede diferenciarlo, en más o en menos, de un hombre común, al asombro con que lo contemplé se mezcló un sentimiento de incontenible reverencia y de respeto. Tiene aproximadamente mi estatura, es decir cinco pies y ocho pulgadas. Su cuerpo es sólido y bien proporcionado, ni robusto ni particularmente notable en ningún sentido. Pero es la singularidad de la expresión que reina en su rostro... es la intensa, la maravillosa, la emocionada evidencia de una vejez tan absoluta, tan extrema, lo que excita en mi espíritu una sensación... un sentimiento inefable. Su frente, aunque poco arrugada, parece soportar el sello de una miríada de años. Sus cabellos grises son una historia del pasado, y sus ojos, aún más grises, son sibilas del futuro. El piso de la cabina estaba cubierto de extraños pliegos de papel unidos entre sí por broches de hierro y de arruinados instrumentos científicos y obsoletas cartas de navegación en desuso. Con la cabeza apoyada en las manos, el capitán contemplaba con mirada inquieta un papel que supuse sería una concesión y que, en todo caso, llevaba la firma de un monarca. Murmuraba para sí, igual que el primer tripulante a quien vi en la bodega, sílabas obstinadas de un idioma extranjero, y aunque se

encontraba muy cerca de mí, su voz parecía llegar a mis oídos desde una milla de distancia.

El barco y todo su contenido está impregnado por el espíritu de la Vejez. Los tripulantes se deslizan de aquí para allá como fantasmas de siglos ya enterrados; sus miradas reflejan inquietud y ansiedad, y cuando el extraño resplandor de las linternas de combate ilumina sus dedos, siento lo que no he sentido nunca, pese a haber comerciado la vida entera en antigüedades y absorbido las sombras de columnas caídas en Baalbek, en Tadmor y en Persépolis, hasta que mi propia alma se convirtió en una ruina.

Al mirar a mi alrededor, me avergüenzan mis anteriores aprensiones. Si temblé ante la ráfaga que nos ha perseguido hasta ahora, ¿cómo no horrorizarme ante un asalto de viento y mar para definir los cuales las palabras tornado y simún resultan triviales e ineficaces? En la vecindad inmediata del navío reina la negrura de la noche eterna y un caos de agua sin espuma; pero aproximadamente a una legua a cada lado de nosotros alcanzan a verse, oscuramente y a intervalos, imponentes murallas de hielo que se alzan hacia el cielo desolado y que parecen las paredes del universo.

Como imaginaba, el barco sin duda está en una corriente; si así se puede llamar con propiedad a una marea que aullando y chillando entre las blancas paredes de hielo se precipita hacia el sur con la velocidad con que cae una catarata.

Presumo que es absolutamente imposible concebir el horror de mis sensaciones; sin embargo la curiosidad por penetrar en los misterios de estas regiones horribles predomina sobre mi desesperación y me reconciliará con la más odiosa apariencia de la muerte. Es evidente que nos precipitamos hacia algún conocimiento apasionante, un secreto imposible de compartir, cuyo descubrimiento lleva en sí la destrucción. Tal vez esta corriente nos conduzca hacia el mismo polo sur. Debo confesar que una suposición en apariencia tan extravagante tiene todas las probabilidades a su favor.

La tripulación recorre la cubierta con pasos inquietos y trémulos; pero en sus semblantes la ansiedad de la esperanza supera a la apatía de la desesperación.

Mientras tanto, seguimos navegando con viento de popa y como llevamos todas las velas desplegadas, por momentos el

barco se eleva por sobre el mar. ¡Oh, horror de horrores! De repente el hielo se abre a derecha e izquierda y giramos vertiginosamente en inmensos círculos concéntricos, rodeando una y otra vez los bordes de un gigantesco anfiteatro, el ápice de cuyas paredes se pierde en la oscuridad y la distancia. ¡Pero me queda poco tiempo para meditar en mi destino! Los círculos se estrechan con rapidez... nos precipitamos furiosamente en la vorágine... y entre el rugir, el aullar y el atronar del océano y de la tempestad el barco trepida... ¡oh, Dios!... ¡y se hunde ... !

VI. Eleonora

Sub conservatione formæ specificæ salva anima.
(Raimundo Lulio)

Vengo de una raza notable por la fuerza de la imaginación y el ardor de las pasiones. Los hombres me han llamado loco; pero todavía no se ha resuelto la cuestión de si la locura es o no la forma más elevada de la inteligencia, si mucho de lo glorioso, si todo lo profundo, no surgen de una enfermedad del pensamiento, de *estados de ánimo* exaltados a expensas del intelecto general. Aquellos que sueñan de día conocen muchas cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche. En sus grises visiones obtienen atisbos de eternidad y se estremecen, al despertar, descubriendo que han estado al borde del gran secreto. De un modo fragmentario aprenden algo de la sabiduría propia y mucho más del mero conocimiento propio del mal. Penetran, aunque sin timón ni brújula, en el vasto océano de la «luz inefable», y otra vez, como los aventureros del geógrafo nubio, «*agressi sunt mare tenebrarum quid in eo esset exploraturi*».

Diremos, pues, que estoy loco. Concedo, por lo menos, que hay dos estados distintos en mi existencia mental: el estado de razón lúcida, que no puede discutirse y pertenece a la memoria de los sucesos de la primera época de mi vida, y un estado de sombra y duda, que pertenece al presente y a los recuerdos que constituyen la segunda era de mi existencia. Por eso, creed lo que contaré del primer período, y, a lo que pueda relatar del último, conceded tan sólo el crédito que merezca; o dudad resueltamente, y, si no podéis dudar, haced lo que Edipo ante el enigma.

La amada de mi juventud, de quien recibo ahora, con calma, claramente, estos recuerdos, era la única hija de la hermana de mi madre, que había muerto hacía largo tiempo. Mi prima se llamaba Eleonora. Siempre habíamos vivido juntos, bajo un sol tropical, en el Valle de la Hierba Irisada. Nadie llegó jamás sin guía a aquel valle, pues quedaba muy apartado entre una cadena de gigantescas colinas que lo rodeaban con sus promontorios, impidiendo que entrara la luz en sus más bellos escondrijos. No había sendero hollado en su vecindad, y para llegar a nuestra feliz morada era preciso apartar con fuerza el follaje de miles de árboles forestales y pisotear el esplendor de millones de flores fragantes. Así era como vivíamos solos, sin saber nada del mundo fuera del valle, yo, mi prima y su madre.

Desde las confusas regiones más allá de las montañas, en el extremo más alto de nuestro circundado dominio, se deslizaba un estrecho y profundo río, y no había nada más brillante, salvo los ojos de Eleonora; y serpeando furtivo en su sinuosa carrera, pasaba, al fin, a través de una sombría garganta, entre colinas aún más oscuras que aquellas de donde saliera. Lo llamábamos el «Río de Silencio», porque parecía haber una influencia enmudecedora en su corriente. No brotaba ningún murmullo de su lecho y se deslizaba tan suavemente que los aljofarados guijarros que nos encantaba contemplar en lo hondo de su seno no se movían, en quieto contentamiento, cada uno en su antigua posición, brillando gloriosamente para siempre.

Las márgenes del río y de los numerosos arroyos deslumbrantes que se deslizaban por caminos sinuosos hasta su cauce, así como los espacios que se extendían desde las márgenes descendiendo a las profundidades de las corrientes hasta tocar el lecho de guijarros en el fondo, esos lugares, no menos que la superficie entera del valle, desde el río hasta las montañas que lo circundaban, estaban todos alfombrados por una hierba suave y verde, espesa, corta, perfectamente uniforme y perfumada de vainilla, pero tan salpicada de amarillos ranúnculos, margaritas blancas, purpúreas violetas y asfódelos rojo rubí, que su excesiva belleza hablaba a nuestros corazones, con altas voces, del amor y la gloria de Dios.

Y aquí y allá, en bosquecillos entre la hierba, como selvas de sueño, brotaban fantásticos árboles cuyos altos y esbeltos troncos no eran rectos, mas se inclinaban graciosamente hacia la luz que asomaba a mediodía en el centro del valle. Las manchas de sus cortezas alternaban el vívido esplendor del ébano y la plata, y no había nada más suave, salvo las mejillas de Eleonora; de modo que, de no ser por el verde vivo de las enormes hojas que se derramaban desde sus cimas en largas líneas trémulas, retozando con los céfiros, podría habérselos creído gigantescas serpientes de Siria rindiendo homenaje a su soberano, el Sol.

Tomados de la mano, durante quince años, erramos Eleonora y yo por ese valle antes de que el amor entrara en nuestros corazones. Ocurrió una tarde, al terminar el tercer lustro de su vida y el cuarto de la mía, abrazados junto a los árboles serpentinos, mirando nuestras imágenes en las aguas del Río de Silencio. No dijimos una palabra durante el resto de aquel dulce día, y aun al siguiente nuestras palabras fueron temblorosas, escasas. Habíamos arrancado al dios Eros de aquellas ondas y ahora sentíamos que había encendido dentro de nosotros las ígneas almas de nuestros antepasados. Las pasiones que durante siglos habían distinguido a nuestra raza llegaron en tropel con las fantasías por las cuales también era famosa, y juntos respiramos una dicha delirante en el Valle de la Hierba Irisada. Un cambio sobrevino en todas las cosas. Extrañas, brillantes flores estrelladas brotaron en los árboles donde nunca se vieran flores. Los matices de la alfombra verde se ahondaron, y mientras una por una desaparecían las blancas margaritas, brotaban, en su lugar, de a diez, los asfódelos rojo rubí. Y la vida surgía en nuestros senderos, pues altos flamencos

hasta entonces nunca vistos, y todos los pájaros gayos, resplandecientes, desplegaron su plumaje escarlata ante nosotros. Peces de oro y plata frecuentaron el río, de cuyo seno brotaba, poco a poco, un murmullo que culminó al fin en una arrulladora melodía más divina que la del arpa eólica, y no había nada más dulce, salvo la voz de Eleonora. Y una nube voluminosa que habíamos observado largo tiempo en las regiones del Héspero flotaba en su magnificencia de oro y carmesí y, difundiendo paz sobre nosotros, descendía cada vez más, día a día, hasta que sus bordes descansaron en las cimas de las montañas, convirtiendo toda su oscuridad en esplendor y encerrándonos como para siempre en una mágica casa-prisión de grandeza y de gloria.

La belleza de Eleonora era la de los serafines, pero era una doncella natural e inocente, como la breve vida que había llevado entre las flores. Ningún artificio disimulaba el fervoroso amor que animaba su corazón, y examinaba conmigo los escondrijos más recónditos mientras caminábamos juntos por el Valle de la Hierba Irisada y discurríamos sobre los grandes cambios que se habían producido en los últimos tiempos.

Por fin, habiendo hablado un día, entre lágrimas, del último y triste camino que debe sufrir el hombre, en adelante se demoró Eleonora en este único tema doloroso, vinculándolo con todas nuestras conversaciones, así como en los cantos del bardo de Schiraz las mismas imágenes se encuentran una y otra vez en cada grandiosa variación de la frase.

Vio el dedo de la muerte posado en su pecho, y supo que, como la efímera, había sido creada perfecta en su hermosura sólo para morir; pero, para ella, los terrenos de tumba se reducían a una consideración que me reveló una tarde, a la hora del crepúsculo, a orillas del Río de Silencio. Le dolía pensar que, una vez sepulta en el Valle de la Hierba Irisada, yo abandonaría para siempre aquellos felices lugares, transfiriendo el amor entonces tan apasionadamente suyo a otra doncella del mundo exterior y cotidiano. Y entonces, allí, me arrojé precipitadamente a los pies de Eleonora y juré, ante ella y ante el cielo, que nunca me uniría en matrimonio con ninguna hija de la Tierra, que en modo alguno me mostraría desleal a su querida memoria, o a la memoria del abnegado cariño cuya bendición había yo recibido. Y apelé al poderoso amo del Universo como testigo de la piadosa solemnidad de mi juramento. Y la maldición de Él o de ella, santa en el Elíseo, que invoqué si traicionaba aquella promesa, implicaba un castigo tan horrendo que no puedo mentarlo. Y los brillantes ojos de Eleonora brillaron aún más al oír mis palabras, y suspiró como si le hubieran quitado del pecho una carga mortal, y tembló y lloró amargamente, pero aceptó el juramento (pues, ¿qué era sino una niña?) y el juramento la alivió en su lecho de muerte. Y me dijo, pocos días después, en tranquila agonía, que, en pago de lo que yo había hecho para confortación de su alma, velaría por mí en espíritu después de su partida y, si le era permitido, volvería en forma visible durante la vigilia nocturna; pero, si ello estaba fuera del poder de las almas en el Paraíso, por lo menos me daría frecuentes indicios de su presencia, suspirando sobre mí

en los vientos vesperales, o colmando el aire que yo respirara con el perfume de los incensarios angélicos. Y con estas palabras en sus labios sucumbió su inocente vida, poniendo fin a la primera época de la mía.

Hasta aquí he hablado con exactitud. Pero cuando cruzo la barrera que en la senda del Tiempo formó la muerte de mi amada y comienzo con la segunda era de mi existencia, siento que una sombra se espesa en mi cerebro y duda de la perfecta cordura de mi relato. Mas dejadme seguir. Los años se arrastraban lentos y yo continuaba viviendo en el Valle de la Hierba Irisada; pero un segundo cambio había sobrevenido en todas las cosas. Las flores estrelladas desaparecieron de los troncos de los árboles y no brotaron más. Los matices de la alfombra verde se desvanecieron, y uno por uno fueron marchitándose los asfódelos rojo rubí, y en lugar de ellos brotaron de a diez oscuras violetas como ojos, que se retorcían desasosegadas y estaban siempre llenas de rocío. Y la Vida se retiraba de nuestros senderos, pues el alto flamenco ya no desplegaba su plumaje escarlata ante nosotros, mas voló tristemente del valle a las colinas, con todos los gayos pájaros brillantes que habían llegado en su compañía. Y los peces de oro y plata nadaron a través de la garganta hasta el confín más hondo de su dominio y nunca más adornaron el dulce río. Y la arrulladora melodía, más suave que el arpa eólica y más divina que todo, salvo la voz de Eleonora, fue muriendo poco a poco, en murmullos cada vez más sordos, hasta que la corriente tornó, al fin, a toda la solemnidad de su silencio originario. Y por último, la voluminosa nube se levantó y, abandonando los picos de las montañas a la antigua oscuridad, retornó a las regiones del Héspero y se llevó sus múltiples resplandores dorados y magníficos del Valle de la Hierba Irisada.

Pero las promesas de Eleonora no cayeron en el olvido, pues escuché el balanceo de los incensarios angélicos, y las olas de un perfume sagrado flotaban siempre en el valle, y en las horas solitarias, cuando mi corazón latía pesadamente, los vientos que bañaban mi frente me llegaban cargados de suaves suspiros, y murmullos confusos llenaban a menudo el aire nocturno, y una vez -¡ah, pero sólo una vez!- me despertó de un sueño, como el sueño de la muerte, la presión de unos labios espirituales sobre los míos.

Pero, aun así, rehusaba llenarse el vacío de mi corazón. Ansiaba el amor que antes lo colmara hasta derramarse. Al fin el valle *me dolía* por los recuerdos de Eleonora, y lo abandoné para siempre en busca de las vanidades y los turbulentos triunfos del mundo.

Me encontré en una extraña ciudad, donde todas las cosas podían haber servido para borrar del recuerdo los dulces sueños que tanto duraran en el Valle de la Hierba Irisada. El fasto y la pompa de una corte soberbia y el loco estrépito de las armas y la radiante belleza de la mujer extraviaron e intoxicaron mi mente. Pero, aun entonces, mi alma fue fiel a su juramento, y las indicaciones de la presencia de Eleonora todavía me llegaban en las silenciosas horas de la noche. De pronto, cesaron estas manifestaciones y el mundo se oscureció ante mis ojos

y quedé aterrado ante los abrasadores pensamientos que me poseyeron, ante las terribles tentaciones que me acosaron, pues llegó de alguna lejana, lejanísima tierra desconocida, a la alegre corte del rey a quien yo servía, una doncella ante cuya belleza mi corazón desleal se doblegó en seguida, a cuyos pies me incliné sin una lucha, con la más ardiente, con la más abyecta adoración amorosa. ¿Qué era, en verdad, mi pasión por la jovencita del valle, en comparación con el ardor y el delirio y el arrebatado éxtasis de adoración con que vertía toda mi alma en lágrimas a los pies de la etérea Ermengarda? ¡Ah, brillante serafín, Ermengarda! Y sabiéndolo, no me quedaba lugar para ninguna otra. ¡Ah, divino ángel, Ermengarda! Y al mirar en las profundidades de sus ojos, donde moraba el recuerdo, sólo pensé en ellos, y *en ella*.

Me casé; no temí la maldición que había invocado, y su amargura no me visitó. Y una vez, pero sólo una vez en el silencio de la noche, llegaron a través de la celosía los suaves suspiros que me habían abandonado, y adoptaron la voz dulce, familiar, para decir:

«¡Duerme en paz! Pues el espíritu del Amor reina y gobierna y, abriendo tu apasionado corazón a Ermengarda, estás libre, por razones que conocerás en el Cielo, de tus juramentos a Eleonora.»

FIN